

MAYO 2026 - N° 0

UN MUNICIPIO PARA CONTARLO

SANTA BRÍGIDA

SATAUTE

HISTORIAS, PAISAJES Y VOCES

Revista Digital
COLABORATIVA



UNIVERSIDADES
POPULARES
Canarias

ASOCIACIÓN CANARIA DE UNIVERSIDADES POPULARES

© **Asociación Canaria de Universidades
Populares (ACUP)**

Calle Bravo Murillo, 27
35003-Las Palmas de Gran Canaria. España
Web: www.upcanarias.com
Email: servicios@upcanarias.com
Teléfono: +34 928-93.36.59
Nº Registro G1/S1/12917-92/GC
CIF: G35305028

Coordinador de la edición

José Luis López Sarmiento (gerencia ACUP)

Consejo de redacción

María del Pino Monzón Rodríguez
(coordinación)
José Luis Rodríguez Velásquez (diseño /
maquetación)
Esther Medina Álvarez (redacción /
contenidos)

Consejo asesor

Ramón Díaz Hernández (ULPGC)
Cristina Miranda Santana (ULPGC)
Óscar Medina Fernández (ULPGC)

Administración y contacto

Óscar Tadeo Benítez
Javier Yeray Ramos Pacheco
Telf.: 928 933 659 // 649 561 477

Edición digital

Asociación Canaria de Universidades
Populares (ACUP) y Ayuntamiento de la
Villa de Santa Brígida

Depósito legal: GC 350-2026

Un municipio para contarlo es una revista digital de fuentes orales, fundada por la Asociación Canaria de Universidades Populares (ACUP), que reúne historias, paisajes y voces.

Un proyecto colaborativo de los municipios que aspiran a recorrer cada rincón de las Islas Canarias con un objetivo sencillo pero valioso: ofrecer un espacio abierto, donde la comunidad pueda expresarse y compartir, libremente, lo que significa vivir y sentir su municipio.



Fuentes orales y gráficas de Santa Brígida

Edición Nº 0

Mayo 2026

Autorías

Adrián Armas García
Cathaysa Santana Déniz
Coca de Armas Fariña
Cristina Molina Petit
Grisel García González
Juan Sixto Muñoz Ramírez
Lorena Afonso Reyes
Pedro Quintana Andrés
Santiago Déniz Déniz

Fuentes gráficas

Alicia Benítez Santana
Andrew Walker
Cathaysa Mederos González
Conrado Quesada Ruiz
Cristian Afonso Reyes
Cristina Nuez Santana
Diego García Vega
Herminia de la Nuez Quintana
Iván Cárdenes Muñoz
Moisés Déniz Santana
Saulo Torón Alonso

ÍNDICE

PÁGINA 6

SALUDA

José Luis López Sarmiento

PÁGINA 8

**AYER, HOY Y MAÑANA DEL
MUNICIPIO DE SANTA BRÍGIDA**

Pedro Quintana Andrés

PÁGINA 13

**SANTA BRÍGIDA, REFUGIO
VICTORIANO**

Coca de Armas Fariña - CAFE

PÁGINA 16

SATAUTE VUELVE A LATIR

Grisel García González

PÁGINA 26

**RESCATE Y RECUPERACIÓN DEL
PATRIMONIO OCULTO EN EL
CASCO DE LA VILLA: LA
ALCANTARILLA**

Juan Sixto Muñoz Ramírez

PÁGINA 28

**LAS CALLES,
LA MEMORIA
Y LAS AUSENCIAS**

Cristina Molina Petit

PÁGINA 32

POR LOS PELOS

Saulo Torón Alonso

PÁGINA 33

**ANDREW WALKER: UN
IRLANDES QUE RECORRE
SANTA BRÍGIDA MIENTRAS
ENSEÑA INGLÉS**

Lorena Afonso Reyes

PÁGINA 39

EL PARAÍSO QUE EXPULSA A SUS HIJOS

Santiago Déniz Déniz

PÁGINA 42

DARÍO, EL NIÑO SATAUTEÑO QUE VIVE EL RAP CON NATURALIDAD

Lorena Afonso Reyes

PÁGINA 45

LA POESÍA COMO LENGUAJE EN LA INFANCIA

Cathaysa Santana Déniz

PÁGINA 52

LAS MANOS QUE SOSTIENEN LA VIDA, ENTRE EL HOGAR Y EL CAMPO

Cathaysa Santana Déniz

PÁGINA 59

ENTREVISTA A CONRADO QUESADA RUIZ

Santiago Déniz Déniz

PÁGINA 62

EL MIRADOR DEL BERMEJAL: MEMORIA Y PAISAJE

Santiago Déniz Déniz

PÁGINA 65

VIÑETA: LO QUE IBA A SER Y LO QUE FUE"

Diego García Vega

PÁGINA 66

FLORABRÍGIDA, UNA HISTORIA RECIENTE

Adrián García Armas



La Atalaya a principios del siglo XX. Fedac

EDITORIAL

José Luis López Sarmiento



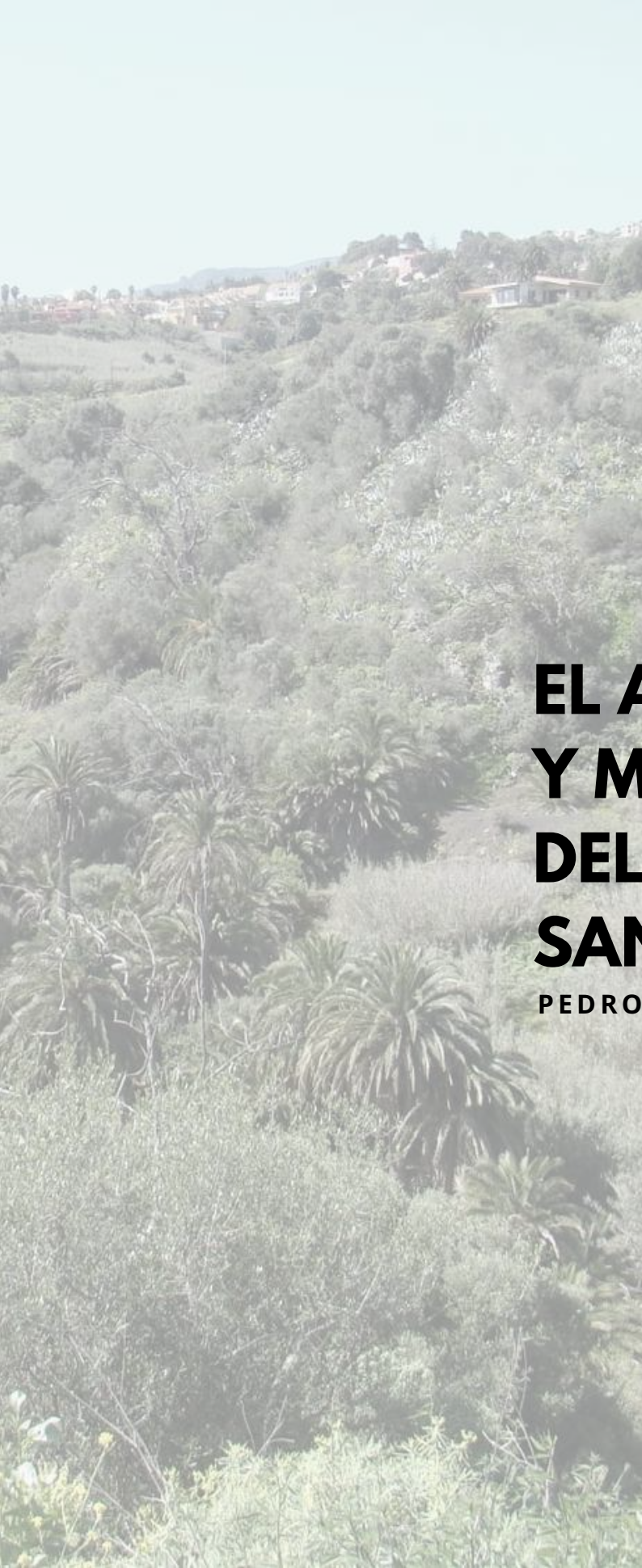
Fascinante. Así podría empezar cualquier historia sobre Santa Brígida, una tierra donde el pasado aún respira entre sus paisajes. La historia de Santa Brígida se remonta a un tiempo anterior a cualquier mapa conocido, cuando la isla de Gran Canaria era llamada Tamarán, un nombre que significa 'lugar de encuentro'. Y no es difícil imaginar por qué. Este rincón, conocido entonces como Sataute, ya era un espacio de vida, de intercambio y de identidad mucho antes de la llegada de los europeos. Aquella época prehispánica resulta fascinante: los aborígenes canarios habitaban la isla desarrollando una cultura rica, compleja y profundamente conectada con su entorno.

Con la conquista española en el siglo XV, Santa Brígida inició una nueva etapa. El municipio comenzó a crecer en torno a la agricultura y la ganadería, actividades que no solo sustentaron la economía, sino que también moldearon el paisaje y el carácter de sus habitantes. En el siglo XVI se construyó la parroquia de Santa Brígida, uno de los edificios más antiguos del municipio, que aún hoy se alza como símbolo de historia y continuidad.

El paso de los siglos trajo consigo cambios y nuevas oportunidades. En el siglo XIX, la economía se diversificó con la producción de vino y la recolección, abriendo el camino a una mayor prosperidad y fortaleciendo el vínculo entre la tierra y quienes la trabajan. Ya en el siglo XX, el turismo irrumpió como una nueva fuente de ingresos, proyectando Santa Brígida hacia el exterior y permitiendo que su riqueza natural y cultural fuera descubierta por quienes llegaban de fuera.

Y así llegamos al siglo XXI, donde Santa Brígida sigue escribiéndose cada día a través de las voces de sus vecinos y vecinas. Son ellos quienes, con sus vivencias y miradas personales, dan forma al presente en este primer número de Un Municipio para Contarlo, un proyecto que aspira a recorrer cada rincón de Gran Canaria con un objetivo sencillo pero valioso: ofrecer un espacio abierto, donde la comunidad pueda expresarse y compartir, libremente, lo que significa vivir y sentir su municipio.

***Santa Brígida
sigue
escribiéndose
cada día a
través de las
voces de sus
vecinos y
vecinas***



EL AYER, HOY Y MAÑANA DEL MUNICIPIO DE SANTA BRÍGIDA

PEDRO QUINTANA ANDRÉS



EL AYER, HOY Y MAÑANA DE SANTA BRÍGIDA

El actual municipio de Santa Brígida está integrado en la comarca denominada La Vega, unidad territorial y política disgregada en los inicios del siglo XIX. Su historia siempre ha estado ligada a la actividad agropecuaria y la explotación de sus montes, hasta que estos fueron agotados por la sobreexplotación y el avance del proceso roturador. En el siglo XVI predominaron los cultivos de cereales, el azúcar -hasta el primer tercio de la centuria- y los productos de huertas.

El municipio va consiguiendo cierto reequilibrio socioeconómico

Gran parte de estas producciones fueron dirigidas al mercado de consumo de Las Palmas, como será una constante a lo largo de su historia. En los siglos XVII y XVIII la vid, el cereal y el millo fueron las principales producciones en el lugar. A ellas se sumaron en el siglo XIX la cochinilla, el aguardiente o los cereales más el millo. Ya en el siglo XX la agricultura y los servicios han ocupado gran parte de la mano de obra del municipio, con una población dividida entre las actividades agropecuarias y las de servicios prestados en la ciudad o en el pago del Monte Lentiscal.

En este periodo se agudizó la dualidad social en el territorio con una zona con un poder adquisitivo cada vez más alto situada entre el Monte y la Plaza Doña Luisa, donde muchos vecinos eran foráneos, además de trabajar y realizar buena parte de su vida económica y social en zonas de Las Palmas o el sur de la isla.

En el otro espacio comprendido desde la citada Plaza hasta los confines del Madroñal, el Barranco de las Goteras y Pino Santo han predominado los agricultores, menestrales y la población dedicada, en general a los servicios, la mayoría con una arraigada tradición familiar en Santa Brígida.

En la actualidad el municipio va consiguiendo cierto reequilibrio socioeconómico, se ha logrado dinamizar culturalmente algunos sectores y se ha avanzado en otros aspectos sociales donde los cambios son lentos por su necesidad de asentamiento.

En los últimos años el aumento de la población con sus demandas asistenciales o educativas, el crecimiento del proceso urbanizador, la necesidad de extender a mayor número de áreas los servicios de abastecimientos básicos o evitar que el municipio se convierta en un área urbana de Las Palmas de Gran Canaria han sido aspectos tratados por la administración local con desigual suerte.

Es necesario plantear en un mundo sumido en una metamorfosis permanente donde el individuo no parece poder afrontar con garantías su independencia de criterios y autonomía nuevas formas de protección de la comunidad.

En esa sociedad inmersa en un cambio climático impredecible y en un laberinto digital insondable la activación de los valores comunales surge como una respuesta de mutuo apoyo, solidaridad y resiliencia frente al crecimiento de la intolerancia, el desconocimiento del otro y la trivialidad, permitiendo abordar algunos de los retos del inminente futuro en nuestro espacio inmediato que puede concretarse en algunos puntos claves:

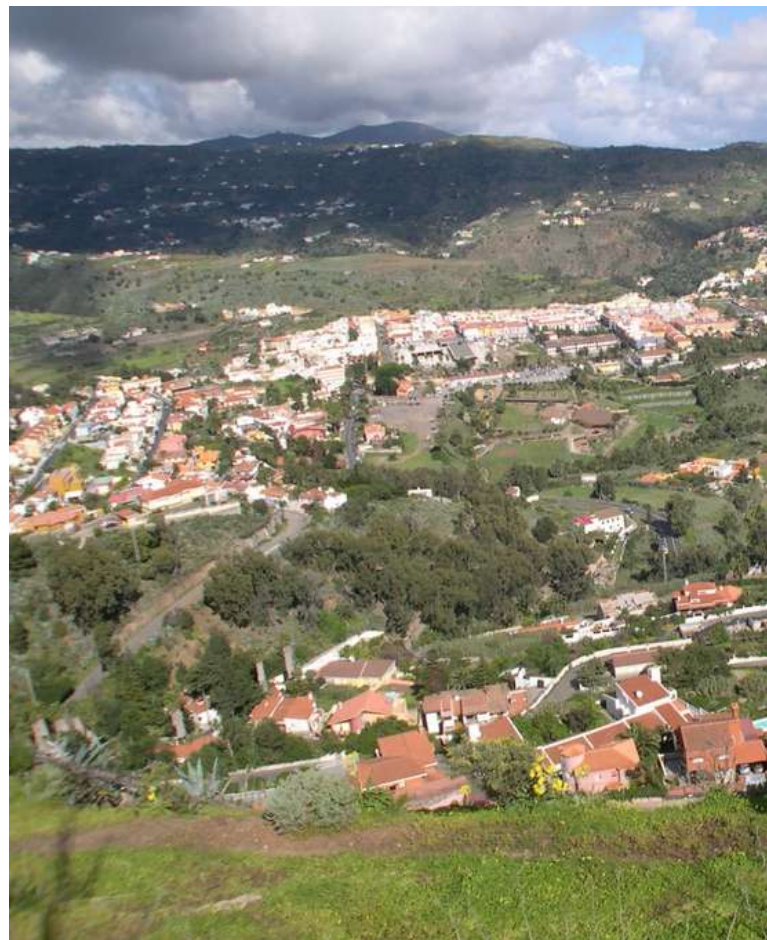
a) Posiblemente el primero sea el fomento de la cultura y la educación invitando a los colectivos educativos, sociales y vecinales a tener acciones conjuntas como medio de lograr reducir el absentismo escolar, mejorar las condiciones de empleabilidad de los vecinos, elevar la cultura media e implicar al vecindario en las acciones culturales emprendidas por sus colectivos.

b) Un aumento de la asistencia y acompañamiento a los sectores más sensibles socialmente favoreciendo su integración o evitando su soledad. La creación de un tejido social de solidaridad bien organizado permitirá que las niñas y los niños puedan tener similares oportunidades de desarrollo o que un mayor número de ancianos accedan al ocio o la educación en comunidad. El fomento de las comunidades de mayores o el compartir hogares será aspectos a desarrollar en el futuro en un municipio que se encuentra entre los que tiene una media más alta de edad de la isla.

c) La creación de pequeñas comunidades energéticas y el avance en el respeto hacia la Naturaleza, logrando aumentar la descarbonización del medio ambiente. Estas comunidades permitirán incrementar la autonomía energética, el uso de energías renovables y favorecer aún más la interrelación vecinal. El fomento de las construcciones ecológicas fomentadas desde el ayuntamiento es otro elemento a subrayar en el futuro inmediato.

d) Incrementar el reciclaje de residuos, haciendo hincapié en disminuir el consumo de envases de un solo uso o evitar el desperdicio de alimentos. Crear una red de zonas de compostaje será uno de las posibles soluciones para el crecimiento de la agricultura ecológica en la zona.

e) Si bien Santa Brígida es un municipio pionero en la agricultura ecológica es necesario fomentar ésta con el fin de coadyuvar a la mejora de la alimentación y extender aún más las zonas productivas y el número de cultivos. Puede ser un sector de atracción para los jóvenes si se logra organizarlos en una cooperativa, tener una red de mercados donde vender los productos y lograr mejoras para el sector. Esta estrategia es igual de válida para la ganadería, en especial, la mayor cuya calidad en la zona fue reconocida hasta hace escaso tiempo por el resto de la isla. Ayudar a los desfavorecidos con estos alimentos para mejorar su alimentación.



La urbanización descontrolada registrada en el término de Santa Brígida en el pasado ha ocasionado un considerable impacto en el medio natural y rural (Santa Brígida y sus alrededores desde el mirador de La Atalaya).



El incremento de la agricultura ecológica y sostenible puede ser una de las vías más importantes para la fijación de mano de obra en el municipio, la regeneración de suelos y la recuperación del paisaje agrario (Campo de lollos, batavias y hojas de roble en El Gargujo) .

f) La puesta en vigor del patrimonio cultural del municipio representado por los numerosos bienes históricos-culturales presentes, caso de la red de abastecimiento de las heredades de Satautejo o Tafira, cuya difusión, rehabilitación y puesta en servicio supondrían un factor de atracción de foráneos y un nicho de trabajo para emprendedores. A ello se sumaría campos de trabajos agrícolas, pecuarios o gastronómicos.

g) La dinamización de los diversos núcleos de población conformadores del municipio con un fomento de las entidades vecinales donde estas se conviertan en centros comunitarios, abiertas para actividades, encuentros y lugares de debate con el fin de plantear las cuestiones más importantes que afectan a la comunidad.

Estos y otros aspectos –caso de la transparencia y administración fiel en la institución municipal- deberían ser tenidos en cuenta como medios de singularizarnos dentro del común, aunque esto no significa diferenciarnos y apartarnos, al contrario, supone concienciarnos de quiénes somos y de dónde procedemos para poder aportar al conjunto nuestras experiencias colectivas. Nuestra idiosincrasia local no es exclusiva y excluyente, al contrario, esta nos permitirá avanzar con unas mínimas y sólidas referencias en este periodo de incertidumbre donde la globalización ha intentado una unificación artificial y sesgada que, como se puede comprobar diariamente, cada vez crea más diferencias socioeconómicas a lo largo y ancho del mundo.



El patrimonio natural es y debe ser en el futuro uno de los principales ejes de actuación de las instituciones para preservar el legado a transmitir a las próximas generaciones (Vegetación termófila en el Barranquillo de Dios).

La puesta en vigor del patrimonio cultural del municipio supuso un factor de atracción de foráneos y un nicho de trabajo para emprendedores

La protección y rehabilitación del patrimonio, muy amplio en el municipio, es uno de los aspectos primordiales para recuperar parte de las señas de identidad de los vecinos de Santa Brígida (Antigua casa señorial abandonada en La Montañeta).



SANTA BRÍGIDA, REFUGIO VICTORIANO

CAFe
COCA DE ARMAS FARIÑA



Mucho antes de que el asfalto conquistara el sur de Gran Canaria y el turismo de masas transformara la fisonomía de la isla,

existió una época dorada de elegancia, salud y silencio. A finales del siglo XIX, el epicentro del cosmopolitismo no estaba junto al mar, sino en las medianías: en la Villa de Santa Brígida.

El origen de este fenómeno más que el ocio fue la medicina. En la Inglaterra victoriana, los médicos recomendaban el clima de las medianías canarias como el remedio infalible para las afecciones respiratorias. Santa Brígida, y específicamente el Monte Lentiscal, se convirtió en el destino predilecto. Gracias a su altitud moderada y su pureza de aire, la zona fue bautizada como la 'Suiza atlántica'.

Vista del amanecer en Bandama
desde el Barranquillo de Dios

El Sanatorio de la 'Eterna Primavera'

La llegada de las navieras británicas, como la Elder Dempster, trajo a la élite europea. Para alojar a esta aristocracia, surgieron hoteles que hoy son leyenda, como el Hotel Santa Brígida inaugurado el 19 de abril en 1898 por un acaudalado visitante, Alarico Delmar, convencido de que esta privilegiada naturaleza junto con la cercanía de la capital le auguraba, como así se comprobaría, un importante futuro turístico. Publicitado por la prensa como "el hotel más lujoso de la provincia" fue el buque insignia con sus verandas de madera y jardines románticos con más de cinco mil plantas diferentes. Junto a él, el Hotel Quiney's terminó de configurar un paisaje donde se hablaba más inglés que castellano.

Golf, tenis y el té de las cinco

La huella británica, además de en los edificios, quedó en las costumbres. Fue aquí donde nació, en 1891, el primer club de golf de España. Los mismos turistas que desayunaban en el Lentiscal pasaban sus tardes practicando el swing al borde de la Caldera de Bandama antes del sagrado ritual del té. Eran viajeros que no venían a 'tostarse', sino a pintar acuarelas del Barranquillo de Dios, a visitar La Atalaya, un poblado de casas-cueva donde se mantenía viva, y se mantiene, la cerámica aborigen sin torno y a leer frente a los viñedos de ceniza.



Un legado que aún respira

Aunque muchos de aquellos pioneros descansan hoy en el Cementerio Británico de la capital, su espíritu permanece en Sataute. Hoy, al ver cómo el sol cuelga su 'sonrisa rosa' sobre el Pico de Bandama antes de que se la lleven las nubes, resulta fácil entender qué buscaban. Santa Brígida sigue siendo ese refugio donde el lujo no son las alfombras, sino el silencio y la certeza de que, en estas laderas volcánicas, el tiempo siempre ha sabido transcurrir de otra manera.

El Monte Lentiscal se convirtió en el destino predilecto

Campo de golf de Bandama





SATAUTE VUELVE A LATIR

**Es difícil ponerle
límites al corazón**

GRISEL GARCÍA GONZÁLEZ



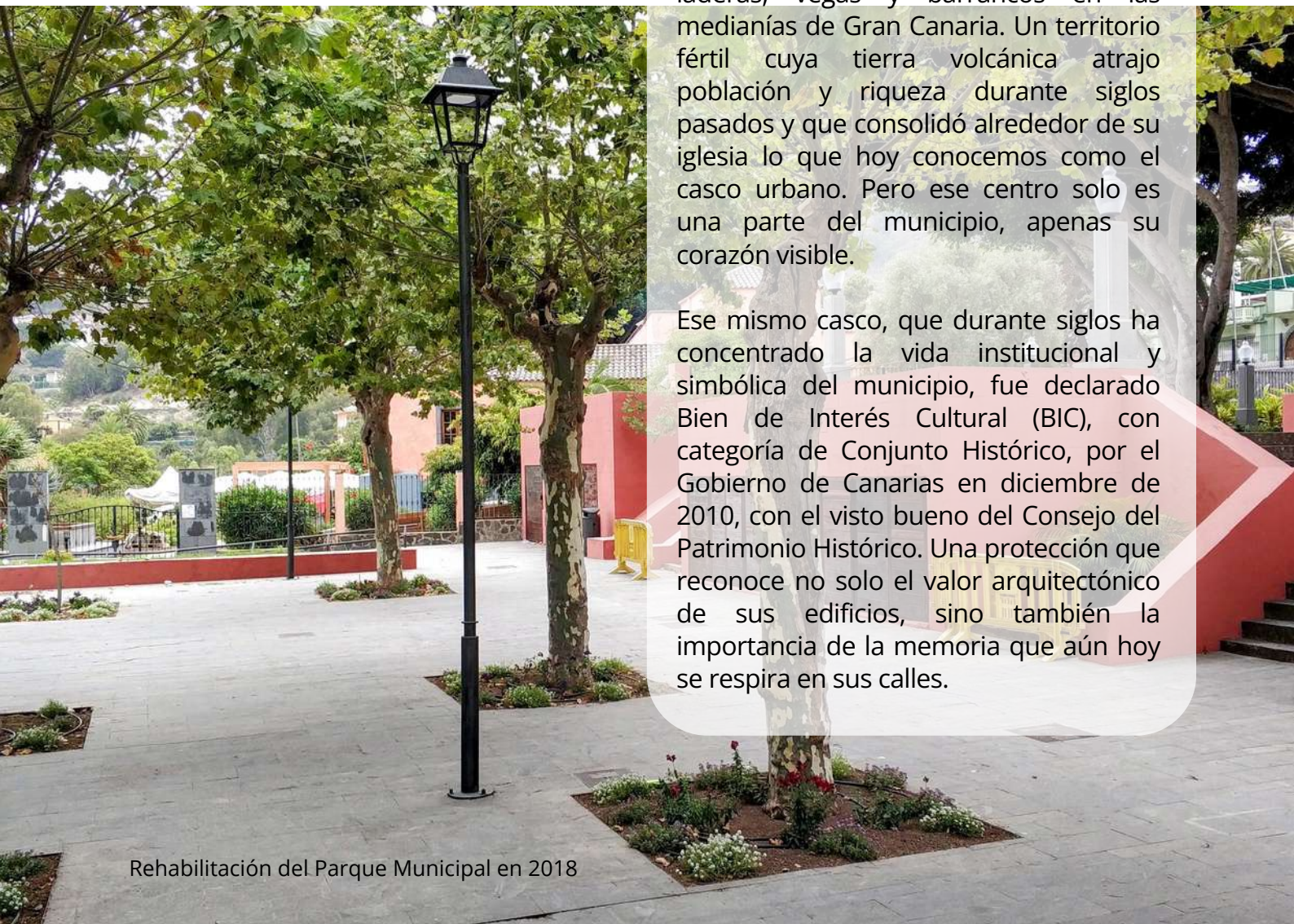
Santa Brígida es uno de esos lugares mágicos que casi todo el mundo cree conocer, hasta que intentas explicarlo. Hables con quien hables, hay algo en lo que casi todos coinciden: la Villa de Santa Brígida es uno de los municipios más atractivos de Canarias para vivir. Pero las visiones sobre la Villa son tan poliédricas como sus barrancos. Para unos es ese verde pueblo que atraviesas camino de la cumbre sin detenerte; para otros, la urbanización residencial que baja hacia Las Palmas; y para quienes nacimos y crecimos aquí es algo mucho más difícil de encerrar en un mapa: es un latido, una forma de encontrarse, un modo de reconocerse entre vecinos que comparten memoria y tierra.

Escribo estas líneas como satauteño — así nos llamamos, por Sataute o Satautey, el nombre aborigen que significa «palmeral» en lengua amazigh— y como urbanista que ha tenido el privilegio de participar en el proceso que intenta devolverle al pueblo su centro de gravedad. Porque esta es, en el fondo, la historia de un corazón robado y del largo camino para recuperarlo.

Un municipio que no nace de una plaza

A diferencia de muchas ciudades europeas, que crecen de forma más o menos concéntrica desde una plaza central, Santa Brígida es un municipio de origen campesino que se despliega por laderas, vegas y barrancos en las medianías de Gran Canaria. Un territorio fértil cuya tierra volcánica atrajo población y riqueza durante siglos pasados y que consolidó alrededor de su iglesia lo que hoy conocemos como el casco urbano. Pero ese centro solo es una parte del municipio, apenas su corazón visible.

Ese mismo casco, que durante siglos ha concentrado la vida institucional y simbólica del municipio, fue declarado Bien de Interés Cultural (BIC), con categoría de Conjunto Histórico, por el Gobierno de Canarias en diciembre de 2010, con el visto bueno del Consejo del Patrimonio Histórico. Una protección que reconoce no solo el valor arquitectónico de sus edificios, sino también la importancia de la memoria que aún hoy se respira en sus calles.



Rehabilitación del Parque Municipal en 2018



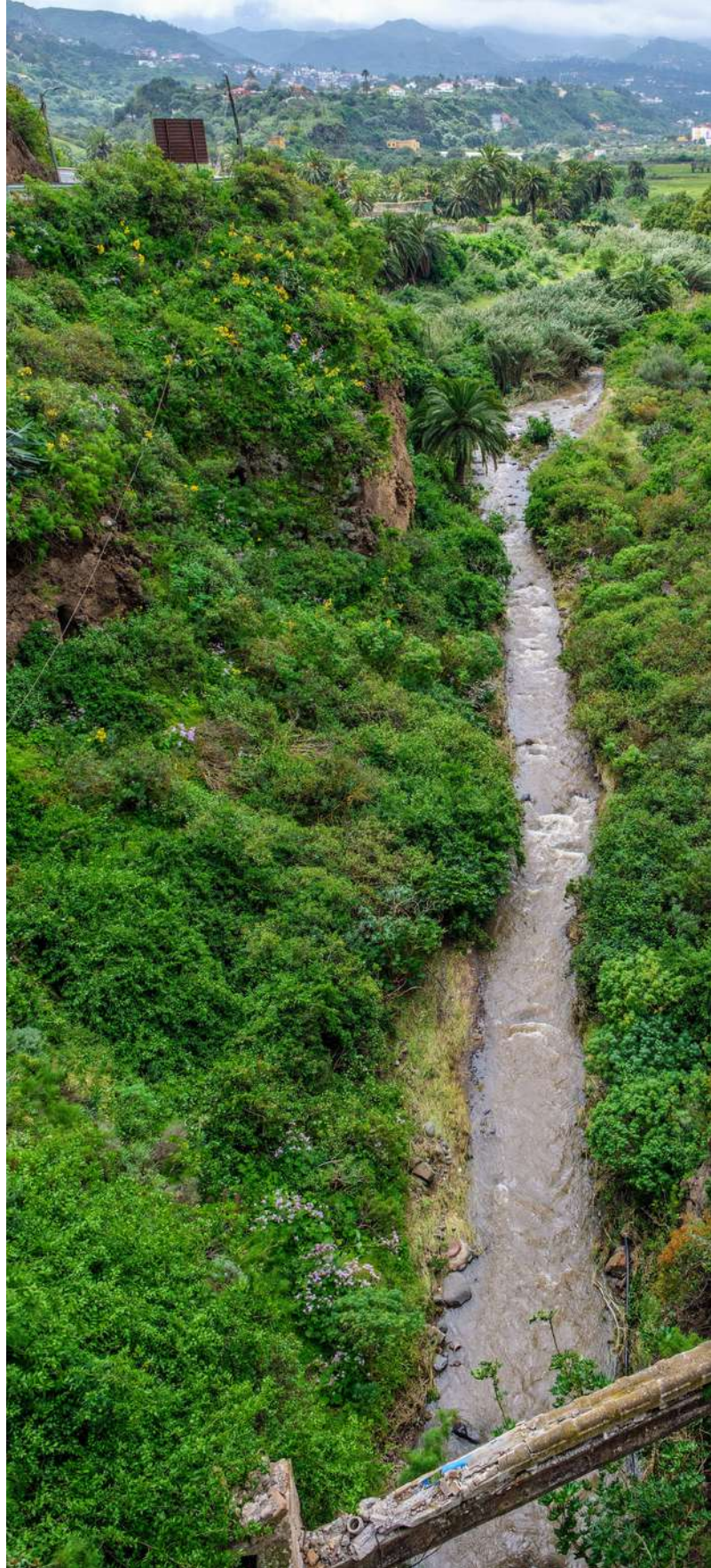
Calles del Casco histórico, a la altura de la antigua Biblioteca municipal, actual Espacio cultural Ana Déniz

Santa Brígida ocupa 23,81 kilómetros cuadrados vertebrados por barrancos profundos. El Guinguada, uno de los cauces más frondosos de Gran Canaria, atraviesa el municipio de oeste a este como una arteria verde. Al sur, el Barranco de Las Goteras traza la frontera con Valsequillo y Telde. Al noroeste, el empinado Lomo de la Vizcaína nos separa de Teror. Al oeste lindamos con nuestra villa hermana de San Mateo y al noreste con Las Palmas de Gran Canaria, con la que compartimos los Llanos de María Rivera y la imponente Caldera de Bandama, ese cráter volcánico de un kilómetro de diámetro y más de doscientos metros de profundidad que sigue asombrando a propios y extraños, testigo de una rica historia agraria y vinícola que precede a su actual estatus de Monumento Natural.

Según la historia familiar y el barrio de procedencia, el municipio linda sentimentalmente con lugares distintos. Para los vecinos de La Atalaya, el antiguo poblado aborigen, la referencia es el barro de sus cuevas y la alfarería ancestral. Para los del Monte Lentiscal, la memoria conecta con la famosa Batalla del Batán de 1599, cuando los vecinos de la Vega emboscaron a las tropas del almirante holandés y Santa Brígida fue durante una semana capital y cuartel general de toda Gran Canaria. El escudo municipal lo recuerda y lo celebra: «Por España y por la Fe vencimos al holandés». Para quienes vivimos en el casco, en cambio, las referencias siempre fueron otras: la plaza de la iglesia, el parque municipal, la calle Tenderete, la cancha del colegio, el campo de fútbol y toda la vida que ocurría a su alrededor.

"Esta es, en el fondo, la historia de un corazón robado y del largo camino para recuperarlo"

Recuerdo que la primera vez que tomé consciencia de la geometría del municipio fue para un trabajo escolar. Al no figurar Santa Brígida en los atlas y enciclopedias habituales (y no existir aún internet) la visita a la Biblioteca Municipal de El Calvario —ubicada en la planta baja de un edificio que servía para todo, hasta para guardar arretrancos— era obligatoria. Fue gracias a las recomendaciones de la bibliotecaria Ana Gloria Déniz, a la que conocíamos familiarmente como Ani, quien me facilitó un ejemplar con mapas de la topografía y límites del municipio. La biblioteca existía y se mantenía gracias al empeño y la pasión de Ani, para muchos de nosotros una heroína de aquella época. Desde 2022, la Biblioteca ocupa el antiguo Centro de Mayores: otro ejemplo de cómo los lugares de encuentro del municipio se desplazan, se transforman y buscan nuevos cuerpos para seguir vivos y llegar a más vecinos.



Cauce del barranco Guiniguada a su paso por La Angostura tras las lluvias de la borrasca Therese, marzo de 2026. Iván Cárdenes Photography.

La torre que sobrevivió al fuego

La parroquia de Santa Brígida, asentada sobre una antigua ermita del siglo XVI, se constituyó en 1585, segregándose del Sagrario de Las Palmas. Durante siglos, la prosperidad agrícola —primero la caña de azúcar, luego la vid— permitió ampliar y embellecer el templo. Pero la noche del 21 al 22 de octubre de 1897 un incendio voraz destruyó casi por completo la iglesia. Solo sobrevivió la torre campanario, construida entre 1753 y 1759, una de las pocas torres tradicionales que quedan en Gran Canaria. Para muchos vecinos es el símbolo más profundo de resistencia del pueblo, lo único que el fuego no pudo llevarse.

La iglesia actual, de estilo neogótico con interior clasicista de tres naves abovedadas, fue reconstruida entre 1904 y 1916 según planos del arquitecto Laureano Arroyo Velasco. Desde su plaza se domina el paisaje de las vegas con las cumbres al fondo. Puede que para muchos vecinos siga siendo ese el centro neurálgico del municipio. Pero si le preguntas a cada satauteño dónde está «el centro», obtendrás respuestas tan diversas como la propia Villa. Porque ¿dónde late la vida?

Depende. Para los más devotos, el centro es la Plaza de la Iglesia y las calles empedradas que la rodean, escenario de procesiones, romerías y tantas tradiciones que cuesta enumerarlas. Para los agricultores, que aún resisten, el corazón del municipio fue durante décadas el reloj —hoy detenido— de la Heredad de Aguas, que servía de referencia para medir el tiempo de extracción del agua y, además, marcaba el ritmo del pueblo. El edificio acogía la cantonera, el mecanismo que regulaba el reparto del agua que regaba las

plantaciones como si fueran venas del territorio.

Para muchas familias, el centro de la vida es el mercado municipal de fin de semana, el Mercadillo Agrícola y Artesanal. Aquí se mezclan generaciones, acentos y el sentir de los distintos barrios entre los puestos que ofrecen toda una gama fresca de colores y olores. Es habitual que en los municipios rurales el mercado sea el punto de encuentro más genuino, y en Santa Brígida no es distinto. El mercadillo sigue siendo uno de los grandes refugios sociales de la Villa.

"Gracias al molino llegó la electricidad y con ella el primer cine del pueblo"

Para los más forofos, el corazón latía en el antiguo campo de fútbol municipal, el Stadium Nueva Avenida, inaugurado el 15 de septiembre de 1935 en pleno centro del pueblo. Allí jugó durante décadas la Sociedad Deportiva Santa Brígida. Pero el campo era mucho más que fútbol. Era aparcamiento improvisado entre semana, recinto de verbenas, explanada de guirnaldas donde los «cochitos» y las atracciones anunciaban el inicio de las fiestas de San Antonio. Los vítores de los partidos del fin de semana se mezclaban con el olor a churros y algodón de azúcar. Aquel rectángulo de tierra era uno de los pocos espacios abiertos del casco. Su desaparición dejó una grieta y un vacío que tardaría más de dos décadas en empezar a cerrarse.

Para quienes disfrutaban de la vida social y nocturna, el centro era la calle Tenderete, la peatonal de apenas setenta metros que conecta la Plaza con el Ayuntamiento. Bautizada en homenaje al legendario programa de folclore de TVE en Canarias, era —y en parte sigue siendo— el mentidero del pueblo con sus concurridas terrazas y comercios. Inolvidables las calurosas noches de verano con prolongadas conversaciones y alguna guitarra que remataba la tertulia y refrescaba el ambiente.

Y antes de todo eso, mucho antes, estaba el Real Casino. El 23 de abril de 1900, un grupo de vecinos fundó la Sociedad de Instrucción y Recreo «La Amistad» en la Calle Real. El pueblo tenía entonces 4.790 habitantes y apenas se reponía del incendio de la iglesia y de la pérdida de Cuba. A su amparo nació también la Banda Municipal. En 1917, Alfonso XIII le concedió el título de Real Sociedad. En 1926 gracias a la electricidad producida por el molino de gofio de mi bisabuelo Don José Cabrera Ramírez, el Casino compró un proyector e instaló el primer cine del pueblo en la planta alta de su nueva sede, en el cruce de La Alcantarilla, frente a la Heredad de Aguas. Llegó a contar con quinientos socios. Gracias al Casino llegaron a la Villa el cine mudo, luego el sonoro, los célebres «bailes de asalto» y los carnavales —incluso a puerta cerrada durante la dictadura—. Tras décadas de declive tuvo que echar el cierre en 2015. El inmueble, de corte neoclásico, conserva el gran patio interior, la escalera de mármol y hierro, y un piano de principios del siglo XX. En diciembre de 2025 el Ayuntamiento lo adquirió por 420.000 euros. Otra pieza del puzzle que ahora, más de 100 años más tarde, empieza a recuperarse.

El alma arrancada: la historia del «mamotreto»

Porque si hay un episodio que muchos satauteños sienten como si al pueblo le hubieran arrancado el alma, es la historia del llamado «mamotreto». En los años noventa, las Normas Subsidiarias preveían que la parcela del antiguo campo de fútbol —más de 15.000 metros cuadrados en pleno centro— albergara aparcamientos subterráneos, una plaza pública y dependencias municipales. Pero el proyecto fue cambiando. A base de modificaciones sucesivas, terminó convirtiéndose en un centro comercial con un gran supermercado donde debían ir unos modernos multicines. Algunos pensaron que la modernidad pasaba por enterrar la memoria, el aparcamiento público de la calle Presbítero Blas Marrero fue literalmente absorbido por la edificación. El intento de llevar la «modernidad» a Santa Brígida resultó, con el tiempo, poco visionario: mientras se proyectaban salas de cine, las nuevas plataformas digitales empezaban a cambiar la forma en que consumimos cultura y contenidos.

El 'mamotreto': esqueleto de hormigón armado abandonado que bloquea el corazón peatonal del casco.





Seminario-taller de urbanismo y participación celebrado en el Cabildo de Gran Canaria (2019), con el 'Mamotreto' como caso de estudio para imaginar el futuro del centro de Santa Brígida

Las obras arrancaron en 2003 y se paralizaron en 2009. Lo que siguió fue una larga batalla judicial que acabó costando al Ayuntamiento más de trece millones de euros. Donde antes se echaban voladores, se hacían verbenas y se celebraban goles se instaló un esqueleto de hormigón gris que ha bloqueado la sangre de quienes vieron frenar en seco la rica vida urbana.

Durante más de veinte años (sí, ¡22 años!), el «mamotreto» ha sido un símbolo incómodo de todo lo que podía salir mal en la gestión urbana de un pueblo que quería modernizarse, pero sin perder su identidad.

Un pueblo compacto que se desparramó

Mientras el centro permanecía bloqueado, Santa Brígida ha seguido creciendo. El pueblo que durante siglos giró alrededor de la plaza comenzó a expandirse hacia sus laderas. Urbanizaciones como El Palmeral transformaron las antiguas fincas agrícolas y estiraron el tejido urbano hacia el Barranco de La Angostura y la planicie de Los Olivos. Allí se concentran hoy el IES Santa Brígida, el Complejo Deportivo Municipal —con piscina cubierta y un moderno pabellón de 3.000 m²—, el Centro de Mayores y un nuevo supermercado, entre otras dotaciones que han desplazado parte de la vida cotidiana fuera del casco histórico.

El municipio no ha cambiado sus límites físicos, pero sí la manera en que se habita. Con cerca de 19.000 habitantes y una de las rentas medias más altas de Canarias, Santa Brígida dejó de ser la huerta que abastecía a Las Palmas para convertirse en parte de su cinturón residencial. Cientos de coches suben y bajan cada día por la carretera general. Algunos barrios miran hacia la capital; otros mantienen una identidad rural cada vez más frágil. La visión del municipio cambia según la dirección en la que mires. Pero hay algo en lo que todos coinciden: incluso cuando el centro se desplaza, un pueblo necesita espacios donde reunirse y encontrarse.



Espacio de participación ciudadana en la calle Tenderete (2023), en el proceso participativo para la Plaza de la Villa de Santa Brígida."

"Cuando una comunidad tiene un espacio donde reunirse, la identidad echa raíces y florece"

Quien busque hoy en Google Maps encontrará una mancha gris de hormigón en mitad del pueblo con la extraña etiqueta «Antiguo campo de fútbol Santa Brígida». Para los de fuera, un dato curioso; para los lugareños, un oscuro recuerdo. Pero no todo ha sido negativo: un campo de fútbol consume mucho espacio en un casco compacto. El deporte se trasladó a Los Olivos, donde hoy la UD Villa de Santa Brígida — heredera de aquella SD de 1967— disputa sus partidos en el nuevo Estadio Municipal, y donde la brisa del barranco de Las Meleguinas entra libre por las gradas. Liberar este espacio central abre la posibilidad de recuperar lo que siempre debió ser: una gran plaza pública.

El Parque Municipal y Florabrígida

El Parque Municipal se quedó como único espacio libre y pulmón verde, encajado entre el casco y el barranco Guinguada, continúa siendo un refugio de paseos, juegos infantiles y encuentros cotidianos. Cada junio, desde 1975, se viste de Florabrígida, la exposición anual de flores y plantas que convirtió a Santa Brígida en la Villa de las Flores. La primera edición reunió poco más de medio centenar de expositores con plantas cultivadas en jardines y terrazas familiares. Yo recuerdo las espléndidas flores de mundo con las que mi abuela Saro participaba y la sonrisa de admiración profunda de mi abuelo Antonio. En 2025 Florabrígida celebró su cincuenta aniversario.

Quienes crecimos aquí recordamos cómo el parque se llenaba no solamente de plantas y flores, sino de color y orgullo vecinal. Florabrigida demuestra algo sencillo: cuando una comunidad tiene un espacio donde reunirse, la identidad echa raíces y florece.

Tres actos para recuperar la ilusión en el Tagoror Goro

La historia del «mamotreto» comenzó a cambiar en 2018, cuando un juzgado declaró la nulidad del contrato que había permitido su construcción. El Ayuntamiento recuperó el edificio y la parcela. Después vendría la demolición parcial, financiada con 450.000 euros del Cabildo de Gran Canaria. Pero recuperar el solar fue solo el primer paso. Quedaba lo más difícil: decidir qué hacer con el espacio. El proceso de participación ciudadana se desarrolló en tres actos:

El primero tuvo lugar en marzo de 2019, el mismo año en que se aprobó definitivamente el Plan General de Ordenación Supletorio del municipio, con un seminario-taller sobre urbanismo participativo organizado por el Instituto 20 Grados, con la colaboración del Área de Participación Ciudadana del Cabildo de Gran Canaria. Aquellos días nos dimos cita profesionales y vecinos, en el mismo espacio, en torno al mismo problema: imaginar futuros posibles para un solar que llevaba años bloqueado. Lo que vivimos fue revelador: arquitectos, sociólogos, políticos y vecinos de a pie, sentados en la misma mesa, esbozando usos no privativos para un espacio que debía volver a ser de todos.

El segundo acto llegó en 2023, cuando se abrió un espacio de participación ciudadana en la calle Tenderete. Durante semanas los vecinos a título individual, colectivos y estudiantes aportaron sus ideas. Las ricas y variadas propuestas

coincidían en algo esencial: devolver al lugar su carácter público, en las entrañas del casco.

El tercer acto comenzó en 2025 con el concurso de proyectos «Gran Canaria Central», dotado con 1,1 millones de euros para la redacción del proyecto. El programa contemplaba un Centro Polifuncional de la Cultura, Casa de la Música, Casa de la Juventud, una gran plaza ajardinada y aparcamiento subterráneo. El 10 de marzo de 2026 un jurado de ocho expertos —entre ellos el catedrático Jordi Garcés i Brusés y el urbanista Jon Aguirre Such, que ya participó en la jornada de 2019— anunciaron por unanimidad el proyecto ganador. Su nombre es «Tagoror Goro». Tagoror es la palabra aborigen que designa el lugar de reunión donde los antiguos canarios deliberaban y tomaban decisiones colectivas. Goro es el recinto circular de piedra que hacían los pastores para resguardarse del viento y que aún podemos admirar en muchos lugares de la cumbre. Nombres aparte, este gran espacio público es exactamente lo que Santa Brígida lleva más de dos décadas necesitando.

Más allá de los límites de un mapa

Quizá Santa Brígida nunca tuvo un único centro. Tal vez siempre fue un territorio de muchos corazones repartidos entre barrancos, plazas, mercados, parques y canchas.

Pero incluso los pueblos con múltiples latidos necesitan espacios donde reconocerse como comunidad. Durante más de veinte años, el casco vivió con un vacío en su centro. Ahora ese vacío empieza a llenarse de ideas, proyectos y expectativas.

Quizás en una noche de Finaos o en una noche de San Juan una voz rota por los años rememore en el Tagoror una historia llena de misterio, mientras un timble entona una malagueña: Una vez hubo un pueblo que perdió su plaza y su alma...

Si todo sigue su curso, hacia 2030 los satauteños podremos volver a atravesar el corazón del pueblo sin rodear vallas y muros de hormigón. Volverán las guitarras, los juegos, las conversaciones al caer la tarde y volverán a florecer las sonrisas.

Los límites del municipio seguirán siendo los mismos sobre el mapa. Pero el corazón de un lugar no se mide en kilómetros cuadrados. Se mide en abrazos hermanos y en los lugares donde la gente se encuentra. Y si ese lugar vuelve a existir, entonces podremos decirlo sin nostalgia ni metáfora: ¡Sataute vuelve a latir!

¡Sataute vuelve a latir!

Panorámica del arcoíris sobre Santa Brígida, borrasca Therese marzo de 2026. Iván Cárdenes Photography





RESCATE Y RECUPERACIÓN DEL PATRIMONIO OCULTO EN EL CASCO DE LA VILLA: LA ALCANTARILLA

JUAN SIXTO MUÑOZ RAMÍREZ



EN UNA DE LAS ZONAS DE MAYOR TRASIEGO DEL CASCO DE LA VILLA

de Santa Brígida (La Alcantarilla) existió una red de acequias de aguas de riego, cuyos orígenes partían de la Caja de repartimiento de la Heredad de Aguas de Satautejo y la Higuera.

En dicha acequia, como se demuestra en las fotos de la época, en un sector determinado, se localizaba unas piedras de cantería que eran usadas por las mujeres de la época para lavar la ropa. A estos lavaderos, también conocidos en la zona con el nombre de 'veleros' (de velar) se hacían turnos desde la madrugada para utilizar esas piedras de lavado.

Esta acequia está soterrada en la zona de la conocida farola y la entrada principal del parque municipal, tal y como se aprecia en la foto, y cuyo recorrido transcurre por debajo de la carretera general alimentando todas las fincas de esa vertiente del barranco.

Sería interesante que, debido al interés del Ayuntamiento por el patrimonio y la peatonalización de esta zona, se procediera a la recuperación de dichos bienes etnográficos para su preservación y memoria del colectivo ciudadano.

Las mujeres utilizaban las acequias para lavar la ropa

Vecinas de Santa Brígida lavando la ropa en la acequia





LAS CALLES, LA MEMORIA Y LAS AUSENCIAS

CRISTINA MOLINA PETIT





La autora en una de las funciones benéficas organizadas por Amada Acosta

Se podría hacer una breve historia de cada municipio a partir de los nombres de sus calles, siguiendo la vida de esos protagonistas que aparecen en los rótulos de cada esquina. Hay calles con nombres de señores famosos, de políticos conocidos, de historiadores ilustres... o simplemente de personajes conocidos del pueblo; incluso de objetos típicos o calles que nombran objetos o lugares señalados. Cualquier cosa o persona que haya aportado algo al municipio puede ser digna de ser recordada en una calle o plaza. Pero, curiosamente, hay una excepción a esta regla, una ausencia clamorosa: las mujeres.

¿Cuántas calles con nombre de mujer tenemos en este municipio? No sé si alguna o pocas como si ellas no hubieran hecho historia en el municipio; como si hubieran estado por aquí de paso sin que se les notara, como si ellas no hubieran hecho nada, no hubieran contribuido en nada digno de señalar ni de recordar, como si no hubieran existido, vamos.

Pero, aunque no queramos reconocerlo, aunque nos las saltemos, aunque en lugar de recordarlas las echemos al olvido,

claro que las hay y las hubo, mujeres con quehaceres y trayectorias que enriquecieron la vida del municipio, cuya memoria es digna de traer y mantener.

Me voy a referir como un ejemplo a la memoria de una mujer excepcional que sí hizo historia y aunque no reconocida, dejó constancia de su buen hacer y su compromiso social desde los años 50 hasta su muerte. Ella fue doña Amada Acosta, 'Amadita', esposa del industrial don Diego Vega Sarmiento (quien sí tiene su calle). Activista social desde su residencia en Monte Lentiscal, aprovechó su influencia y su posición -y la de su marido- para atender a cuanta persona se le acercaba.

Doña Amada Acosta merece una calle bonita que lo será aún más con la memoria y recuerdo de su hermosa vida

Empeñada en mejorar la vida y las condiciones de la gente que la rodeaba, a pesar de tener 7 hijos buscaba tiempo para atender a otros y no solo con dinero o cosas materiales, sino buscándoles trabajo o facilitando acceso a recursos. Muchos y muchas abrieron sus pequeños negocios con la ayuda o intercesión de Amadita. Muchos vecinos y vecinas más o menos pudientes se vieron implicados en contribuir a las obras, rifas, fiestas o conciertos que organizaba



Doña Amada Acosta

Amadita para reunir recursos, como por ejemplo pagar la edificación y los salarios de la iglesia de El Monte.

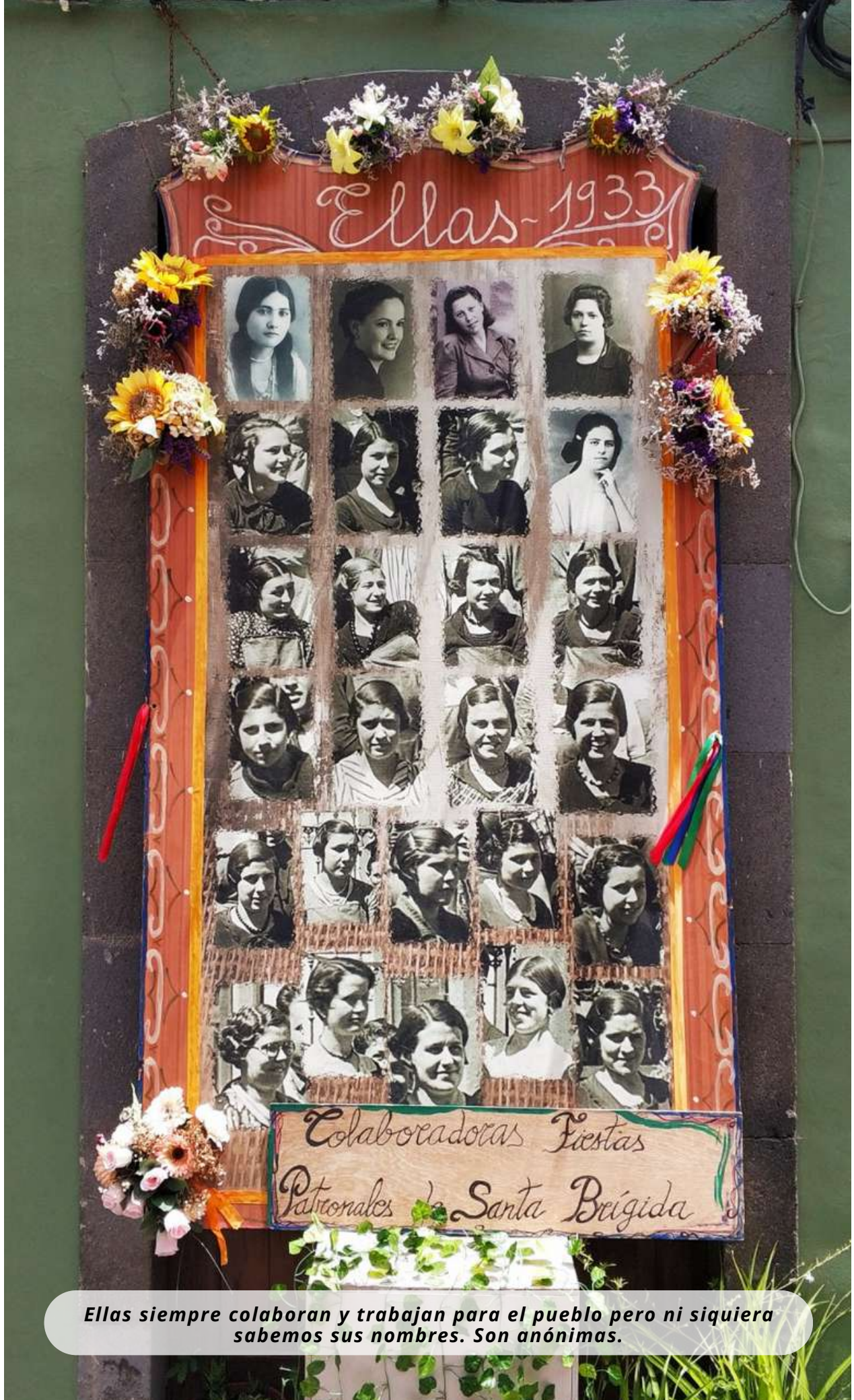
Y es que ella movía hasta los niños del barrio para implicarlos en sus proyectos. Yo misma me recuerdo, de niña, vestida de gitana (muerta de la vergüenza) o hacer de alumna díscola en una escuelita, o bailar ballet en una función (yo, que no tenía gracia maldita) o cantar en una navidad. ¡Cualquiera se oponía a la voluntad de los padres fogueteados por Doña Amada!

No solo la iglesia salió gracias a Amadita. Ya mencionamos sus ayudas para pequeños y pequeñas emprendedoras, y sus generosas donaciones (que a veces no tenían que ver con la cantidad, sino con

la oportunidad de quien simpatiza con la persona, como aquella vez que se quitó sus zapatos para dárselos a una que andaba descalza con los pies doloridos).

Doña Amada contribuyó también de forma protagonista a un gran proyecto de viviendas sociales que era entonces, como lo es hoy, el gran problema de la clase trabajadora. El Patronato San José Obrero fue otro empeño en su vida, junto con su vecina María Teresa Prats, otra campeona de la que hablaremos en otra ocasión. Por lo pronto, doña Amada Acosta merece una calle bonita en el municipio, que será más bonita con la memoria y el recuerdo de su hermosa vida.

***Esta mujer
excepcional
que hizo
historia dejó
constancia
de su buen
hacer y su
compromiso
social desde
los años 50
hasta su
muerte***



POV: SACAS UN 5 RASCAO EN UN EXAMEN



Ilustración: Saulo Torón Alonso. Alumno de 3º de la ESO del IES Santa Brígida

POR LOS PELOS

Hay momentos en la vida escolar que todo el mundo recuerda.
El silencio del aula, las gotas de sudor cayendo sobre el examen y la sensación
de que tu cerebro se ha quedado completamente en blanco.

Y entonces llega la nota. Un cinco.
No es un sobresaliente, ni siquiera un notable.
Pero es suficiente.

Ese cinco raspado que sabe a victoria.

Texto: Lorena Afonso Reyes



ANDREW WALKER: UN IRLANDÉS QUE RECORRE SANTA BRÍGIDA MIENTRAS ENSEÑA INGLÉS

LORENA AFONSO REYES



Diecisiete años después de llegar a Gran Canaria y 14 viviendo en Santa Brígida, el irlandés Andrew Walker sigue caminando por los senderos de este municipio con la misma ilusión que el primer día. Entre historias, naturaleza y palabras en inglés, ha logrado que muchos niños descubran que aprender también puede ser una aventura. Quizá por eso, cuando habla del municipio, lo hace con la convicción de quien sabe que vive en un lugar especial: una pequeña joya que, como él mismo recuerda, está en manos de todos cuidar.

“Hay pocos pueblos con un espacio tan abundante con inmensas posibilidades educativas”

¿Por qué decidió venir a vivir precisamente a Santa Brígida y no a otro lugar de Gran Canaria?

Al principio vivimos en El Madroñal durante casi dos años y después de seis meses viviendo en Las Palmas de Gran Canaria y en Arucas, Teror y San Mateo, nos decidimos por Santa Brígida por varias razones, como el ambiente del pueblo y la gente. Y también creo que Santa Brígida me llamaba porque en Calder, donde crecí, Santa Brígida es la patrona.

¿Qué es lo que más le gusta del municipio y de su entorno natural?

En primer lugar, la gente. Nunca podré olvidar lo que sentí cuando empecé a caminar por el pueblo y sus alrededores: todo el mundo fue amable y me acogió, y, si cabe, hoy en día, lo son aún más. He recorrido bastantes caminos y barrancos en Santa Brígida, algunos más apartados y además del aspecto humano, me siento como en casa. Me llama la atención la impresionante belleza que ofrece el paisaje alrededor del pueblo y el municipio en general y toda la isla. Santa Brígida tiene muchos senderos y paisajes naturales.

¿Cómo aprovecha estos lugares para enseñar inglés a los niños?

Sí, tenemos mucha suerte con los senderos que tenemos alrededor del pueblo. De hecho, mucha gente me ha dicho que la mayoría de los barrios estaban conectados por caminos. Yo he intentado llevar a grupos de niños a tantos lugares y caminos diferentes como me ha sido posible, teniendo en cuenta las limitaciones de tiempo de mis clases o las largas caminatas de fin de semana, permitiendo a los niños que descubran su propia tierra y la de sus antepasados. Hacerlo en inglés me ha permitido trabajar con el poder de la historia y la imaginación para enseñarles el idioma y que ellos se diviertan aprendiendo.



¿Qué rutas o zonas del municipio suele recorrer con ellos?

Normalmente, la Finca El Galeón, a la que le agradecemos mucho. Sin duda es una joya en nuestras manos y debemos respetarla y cuidarla para preservar lo que ofrece a todos los que la visitan. Vamos a los barrancos, visitamos a algunos amigos equinos que tenemos allí, subimos la montaña hacia Las Tres Piedras, apreciamos la cercanía de la presa, visitamos el árbol legendario del Drago y más allá, hasta Utiaca. Subimos por La Angostura y cruzamos hacia El Roque y Los Llanos de María Rivera y muchos más. Por supuesto, también, las rutas urbanas por el pueblo.

¿Cree que aprender inglés al aire libre, en lugares como Santa Brígida, ayuda más a los niños que en una clase tradicional? ¿Por qué?

No se trata de si enseñar inglés en un entorno natural al aire libre es mejor que en una clase tradicional, sino de qué se enseña, cómo se enseña y quién lo enseña. ¿Por qué? Porque cada alumno es único y cada uno responde de manera diferente a lo que ve o escucha a su alrededor. Ofrecer clases al aire libre, en contacto con la naturaleza, simplemente les permite crecer aprendiendo el inglés de una manera diferente.

Las clases tradicionales son igual de importantes siempre y cuando desarrollemos el gusto por aprender un nuevo idioma y la confianza para usarlo.

¿Cómo reaccionan los niños cuando aprenden inglés mientras caminan por la naturaleza?

Para mí lo más importante es la observación, la conciencia y el respeto. A medida que caminamos e interactuamos con la naturaleza, los niños se vuelven más conscientes de su entorno y podemos aprovechar esto para permitirles expresarse con toda libertad. No importa si lo hacen en su propio idioma, siempre y cuando nos hagamos eco de su energía y de su curiosidad. En mi caso, hablándoles en inglés, les animo a que respondan en inglés y ellos se sienten libres de hacerlo si así lo desean.

¿Qué cree que aporta su proyecto al municipio y a las familias de Santa Brígida?

Quería hacer algo diferente. Tras haber estado cinco años enseñando en colegios en Las Palmas de Gran Canaria y Arucas recuerdo que me reuní con algunas madres y padres en el mercado del parque y les presenté la idea, y tan solo la reacción y las respuestas me dieron la confianza necesaria para lanzarme a ello. Sé que me aprecia y es importante sentir eso, ya que también sé que

todos saben lo mucho que aprecio el apoyo y la confianza que depositan en mí con sus hijos e hijas.

¿Cómo describiría Santa Brígida a alguien de Irlanda que nunca ha estado aquí?

Deberían ver la cantidad de fotos y vídeos de Santa Brígida que he enviado a mis amigos de Irlanda, especialmente en esta época del año. La mayoría de la gente conoce el sur de Gran Canaria y más aún durante el verano, que, seamos sinceros, es espectacular. Pero, ¿cómo he descrito mi pueblo? De la forma más sencilla posible, invitando a mis amigos a visitarlo y siempre hay gente yendo y viniendo a nuestra casa.

¿Qué diferencias encuentra entre la vida en Irlanda y la de Santa Brígida?

Si alguna vez te quedas sin temas de conversación en Irlanda, el tiempo siempre será un buen tema. Incluso si no te quedas sin temas, el tiempo es lo más importante. Santa Brígida ofrece, obviamente, un clima increíble. El ritmo de vida también es una diferencia importante. El coste de la vida, en muchos aspectos supera al de Irlanda, pero no siempre es así. He tenido la suerte de viajar por todo el mundo y he comentado muchas veces que las personas que más se acercan a los irlandeses en cuanto a amabilidad y hospitalidad son los canarios.



¿Qué hace especial a Santa Brígida para desarrollar actividades educativas en la naturaleza?

Una vez más, la Finca El Galeón, que es muy especial. Hay pocos pueblos, si es que hay alguno en Gran Canaria, con un espacio tan abundante, con inmensas posibilidades educativas. El clima es, obviamente, una ventaja. Además, un aspecto clave es que el mismo pueblo de Santa Brígida es como un núcleo ubicado en el centro de una gran extensión de caminos y campos que conecta con todos los pueblos vecinos,

lo que da la posibilidad de conectar los barrios a través de actividades compartidas.

¿Cómo pueden ayudar iniciativas como la suya a promocionar el municipio y su entorno natural?

Esta es una pregunta difícil. Depende de cómo utilicemos las actividades educativas para promocionar Santa Brígida y lo que es más importante. Yo tengo la suerte de que a mis clases asisten personas de diferentes municipios, pero ellos ya conocen Santa Brígida. Hay muchos habitantes locales, satauteños y satauteñas, que hacen mucho por promocionar el municipio y con todos los pueblos vecinos, lo que da la posibilidad de conectar los barrios a través de actividades compartidas.

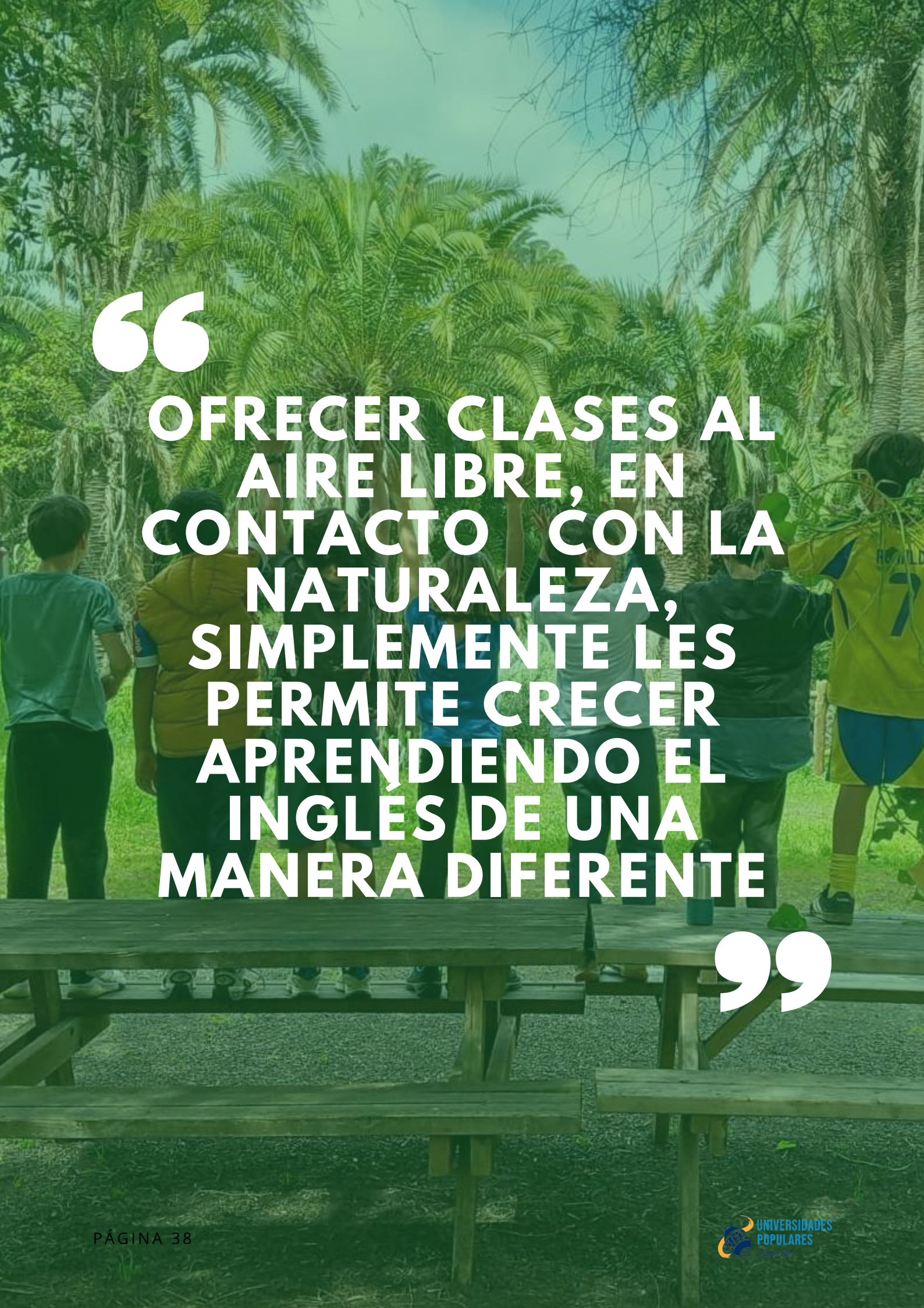
En cuanto al entorno natural de Santa Brígida y sus alrededores, espero promover el respeto y el cuidado.

Sí tuviera que invitar a familias o visitantes a conocer Santa Brígida, ¿qué les diría?

Es fácil convencer a la gente para que venga; es un lugar precioso. He conocido a mucha gente de diferentes países, tanto residentes como turistas, que se quedan aquí unos meses o que solo están de paso y todos dicen lo mismo sobre la belleza natural de la zona. Dicho esto, hay cosas que se pueden mejorar y si pretendemos ignorarlo, no evolucionaremos en absoluto.

¿Qué proyectos o ideas le gustaría desarrollar en el futuro dentro del municipio?

Muy buena pregunta. Sé de lo que somos capaces en Santa Brígida y he conocido a personas maravillosas que actúan siguiendo sus convicciones. Yo espero seguir desarrollando lo que estoy haciendo, pero si hay algo en lo que espero que podamos evolucionar y que es muy ambicioso, sería en convertirnos en un municipio lo más autosuficiente posible, apoyando a nuestro sector primario y haciéndolo crecer mediante prácticas de permacultura. Sé que es diferente pero los resultados son revolucionarios.

The background of the page is a photograph of a tropical outdoor setting. In the foreground, there are wooden picnic tables. Behind them, a group of children are standing, looking towards a dense grove of palm trees. The scene is bright and sunny, with the green of the palm fronds filling the upper half of the image. The text is overlaid on this image in white, bold, sans-serif font.

“

**OFRECER CLASES AL
AIRE LIBRE, EN
CONTACTO CON LA
NATURALEZA,
SIMPLEMENTE LES
PERMITE CRECER
APRENDIENDO EL
INGLÉS DE UNA
MANERA DIFERENTE**

”



EL PARAÍSO QUE EXPULSA A SUS HIJOS

SANTIAGO DÉNIZ DÉNIZ



EL PARAÍSO QUE EXPULSA A SUS HIJOS

Vivir en Santa Brígida es un sueño cada vez más difícil para los jóvenes, atrapados entre la protección del territorio y la falta de soluciones.



Enclavado entre barrancos y paisajes de gran belleza, el municipio de Santa Brígida enfrenta una realidad cada vez más compleja: la dificultad de sus jóvenes para permanecer en el lugar donde han crecido. Lo que a simple vista parece un entorno privilegiado, con vistas que alcanzan hasta Telde y la costa, se convierte en un desafío cotidiano cuando se trata de acceder a una vivienda o simplemente desplazarse con facilidad.

En barrios como Gamonal o La Atalaya, la vida diaria está marcada por las limitaciones en infraestructuras. Las carreteras, en muchos casos estrechas y con accesos complicados, dificultan la conexión con el resto del municipio. A ello se suma la escasez de transporte público, una carencia que condiciona especialmente a los más jóvenes. Moisés Déniz lo tiene claro: “Yo creo que

tampoco sería tan difícil poner una guagua aquí”. Eso sí, aclara que primero habría que mejorar los accesos. La movilidad, sin embargo, es solo una parte del problema. El gran obstáculo sigue siendo el acceso a la vivienda. La falta de suelo urbanizable y las restricciones existentes han generado un escenario en el que construir o comprar una casa resulta cada vez más complicado. “El terreno está muy delimitado”, asevera Moisés Déniz, que refleja una sensación compartida por muchos vecinos.

El debate se vuelve más complejo al entrar en juego la protección del entorno natural. Santa Brígida es un municipio con un alto valor paisajístico y medioambiental, algo que sus propios habitantes defienden. “Yo soy un fiel defensor del medio ambiente”, subraya Moisés Déniz, aunque añade una crítica clara: “no nos podemos escudar en eso para todo”, agregando que el gran reto es encontrar un equilibrio entre conservación y desarrollo.

Moisés Déniz apuesta por un equilibrio entre desarrollo y conservación

Mientras tanto, la falta de soluciones está teniendo consecuencias directas en la población. Cada vez son más los jóvenes que se ven obligados a abandonar el municipio en busca de oportunidades, vaciando, poco a poco, algunos barrios.

A esta situación se suma la frustración por la falta de respuestas institucionales a este problema. Los vecinos creen que existe suelo disponible que no se pone a disposición de la ciudadanía mientras crece la crisis habitacional, con menos oferta y precios más elevado.

Este encarecimiento, unido al aumento general del coste de vida, hace aún más difícil que los jóvenes puedan emanciparse dentro del municipio. La falta de alternativas reales convierte el deseo de quedarse en una aspiración cada vez más lejana, pese al fuerte arraigo emocional que muchos sienten por su tierra.

Y es que el atractivo de Santa Brígida sigue intacto. Sus paisajes, su tranquilidad y su identidad rural lo convierten en un lugar deseado para vivir. Desde las laderas de Gamonal, con vistas hacia la costa y rincones como Bocabarranco, el municipio ofrece una calidad de vida difícil de igualar. Pero esa belleza contrasta con la dificultad de convertirla en un proyecto de vida viable. Moisés Déniz asegura que si fuera alcalde haría todo lo posible para facilitar el acceso a la vivienda y mejorar las condiciones para que los jóvenes puedan quedarse. Esa hipotética gestión pasaría, según sus palabras, por “abrir la mano” dentro de unos límites razonables, impulsando soluciones reales que compatibilicen la protección del entorno con el desarrollo necesario. Mejorar infraestructuras, facilitar suelo para vivienda y apostar por el transporte público serían algunas de las claves para revertir la situación.

El precio de la vivienda dificulta la permanencia



El caso de Santa Brígida refleja, en definitiva, un problema que afecta a muchos territorios con alto valor natural: cómo garantizar el futuro de su población sin comprometer su esencia. Entre la conservación y el derecho a construir un proyecto de vida, el equilibrio sigue siendo una asignatura pendiente. Mientras tanto, una generación entera observa cómo el lugar al que pertenece se vuelve, poco a poco, inaccesible.



DARIO, EL NIÑO SATAUTEÑO QUE VIVE EL RAP CON NATURALIDAD

LORENA AFONSO REYES



En un rincón tranquilo del pueblo, donde las calles aún conservan el eco de la vida de siempre, hay una voz que empieza a sonar con fuerza propia. Tiene sólo 11 años, pero ya juega con las palabras, el ritmo y las rimas como si llevara toda la vida haciéndolo. Entre deberes del cole, juegos con amigos y tardes en casa, ha encontrado en el rap una forma de expresarse y de contar lo que ve, lo que siente y lo que sueña. Su historia no solo habla de música, sino también de talento, identidad y de cómo incluso en los lugares más pequeños pueden nacer grandes voces.

“Soy un niño normal fuera del escenario, pero cuando subo saco todo lo que tengo dentro y me sale de manera muy natural”, cuenta. Esa dualidad define a un joven artista que empieza a abrirse camino en el mundo del rap.

Algo que siempre estuvo ahí

Para Darío la música no fue una decisión repentina. Más bien, algo que siempre ha formado parte de él. “Desde que tengo uso de razón siempre he rapeado”, explica. Rodeado por su entorno, empezó a compartir rimas con los suyos desde muy pequeño. “Desde muy chiquitito es algo que va conmigo”.

Su pasión también nació en casa. Empezó rapeando con su padre Gary y los amigos de éste, lo que despertó su interés por las batallas de rap. Hoy, sus referentes incluyen a figuras como



Chuty o Gazir, grandes nombres de la escena.

Improvisar para expresarse

A la hora de crear, Darío lo tiene claro: prefiere dejarse llevar. “Prefiero improvisar porque es lo que más me gusta y lo que más llama mi atención”, afirma. Para él, el rap es una herramienta de expresión directa, sin filtros, donde puede contar lo que vive y lo que le gustaría cambiar.

En sus letras habla de su realidad, de su forma de ver el mundo y de aquello que le rodea. “Quiero contar mi manera de ver las cosas”, dice con determinación.

“Cuando subo y cojo el micrófono me siento como en mi casa”



Ver video promocional



Un escenario que siente como casa

Aunque reconoce que es difícil explicar lo que siente, hay algo que tiene muy claro: el escenario es su lugar. “Cuando subo y cojo el micrófono me siento como en mi casa”, confiesa. Esa conexión es la que le permite expresarse con naturalidad y transmitir emociones que, según él, no siempre puede poner en palabras.

Crece entre estudios y música

Compaginar el colegio con su pasión no siempre es fácil. Aún así, Darío mantiene el equilibrio. “Ha sido complicado, pero siempre intento sacar buenas notas”, explica. En momentos importantes, incluso en el colegio, llega a actuar, mostrando que su talento ya empieza a tener espacio en su entorno. Además, cuenta con el apoyo de su familia, amigos y vecinos, algo fundamental en su desarrollo como artista. “Me siento muy apoyado, me ayudan a crecer”, asegura.

Mirando hacia el futuro

A pesar de su corta edad, Darío tiene las ideas claras. Está lleno de proyectos y de ambiciones. “Tengo muchos proyectos y me gustaría llegar a lo más alto”, dice con ilusión.

Su camino apenas empieza, pero en Santa Brígida ya empieza a sonar su nombre. Su naturalidad, pasión y entorno hacen pensar que este joven rapero tiene mucho que decir.

Y... sobre todo, que RIMAR.



LA POESÍA COMO LENGUAJE EN LA INFANCIA

CATHAYSA SANTANA DÉNIZ



FOMENTAR EL AMOR POR LOS LIBROS DESDE LOS PRIMEROS AÑOS ES SEMBRAR UNA SEMILLA MUY VALIOSA

La poesía y los cuentos han acompañado al ser humano desde los orígenes de la humanidad. A través de ellos, las personas han transmitido conocimientos, valores, emociones y la memoria de los pueblos. En la infancia, las palabras rítmicas y llenas de imágenes se convierten en una puerta de entrada al lenguaje, a la imaginación y al descubrimiento del mundo.

Como recuerda Tamara Chubarovsky, especialista en pedagogía del lenguaje y la voz: “Los cuentos forman parte de la vida de todos los pueblos, de todas las culturas y de todas las civilizaciones desde tiempos inmemoriales”. Nos invita a recordar que contar, recitar y escuchar historias no es solo una actividad educativa, sino una necesidad profundamente humana.

Cuando un niño o una niña escucha un cuento o un poema, algo especial sucede, las palabras acompañan su desarrollo integral, despiertan su imaginario, sus sentimientos, los sonidos crean ritmo y la historia hace que construyan su identidad. La poesía tiene la capacidad de envolver el lenguaje con musicalidad, ayudando a los niños y las niñas a desarrollar su sensibilidad, su memoria y su amor por las palabras.

Los poemas y las historias que hablan de los lugares cercanos con magia y encanto (de los pueblos, de la naturaleza o de los caminos que recorreremos cada día) tienen además un valor especial. Permiten que los niños y las niñas se reconozcan en el mundo que habitan. Cuando escuchan versos que hablan de montañas, senderos, animales o plazas de su propio pueblo, la lectura deja de ser algo lejano y se convierte en una experiencia viva.

En ese sentido, la poesía es una herramienta maravillosa para la infancia. Su ritmo, su musicalidad y sus imágenes ayudan a que los niños y las niñas se acerquen a la palabra de forma natural. Los poemas se pueden recitar, cantar, dramatizar o acompañar con dibujos y paseos. De esta manera, la lectura se transforma en una experiencia sensorial y emocional.

Mi poema sobre Sataute nace precisamente con ese propósito, invitar a los niños, las niñas y sus familias a descubrir el pueblo de Santa Brígida a través de la palabra. Los versos recorren paisajes, barrancos, caminos y lugares que forman parte de la historia y la identidad del municipio. Así, el poema se convierte en una especie de ruta poética, un mapa encantando, que despierta la curiosidad y el deseo de explorar.

Cuando los niños y las niñas escuchan o leen un poema como este, no solo están disfrutando de la literatura, también están aprendiendo a mirar su entorno con otros ojos, están recibiendo una invitación a amar y cuidar la naturaleza y patrimonio que les rodea. La lectura les ayuda a observar, imaginar, preguntar y conectar con la memoria de quienes vivieron antes que ellos.

Compartir la lectura en familia o en la escuela fortalece los vínculos y permite tejer los lazos que sostendrán a las personas adultas del mañana. Un poema leído juntos-as puede dar lugar a conversaciones, paseos por los lugares que aparecen en los versos, fotografías o pequeñas aventuras para descubrir el territorio. La lectura se convierte entonces en un puente entre generaciones.

Fomentar el amor por los libros desde los primeros años es sembrar una semilla muy valiosa. Los niños y las niñas que crecen escuchando historias y poemas desarrollan su lenguaje, su creatividad y su capacidad de comprender el mundo. Pero, sobre todo, descubren que las palabras tienen el poder de emocionar, de acompañar y de abrir caminos.

Leer en la infancia es, en realidad, comenzar a escribir tu propia historia



‘SATAUTE, MI BOSQUE ENCANTADO’



*Entre verdes montañas
descansa mi pueblo,
es un bosque encantado
con hermosos senderos.*

*Caminos de peregrinos
que hacia el Pino van a caminar,
entre los senderos de mi pueblo
sus pasos puedes imaginar.*

*Los mayores me han contado
que aquí puedo jugar tranquila,
pues sus campos son cobijo
y su gente, una maravilla.*

*Le llaman Sataute,
nacido de un palmeral
en una isla redonda
rodeada de mar.*

*Tiene un lugar que custodia
el más sabio dragón,
con doscientos cincuenta años
y muchas tabaibas creciendo
a su alrededor.*

*El camino hasta su casa
tú podrás comenzar,
y los silos antiguos,
donde guardaban el grano,
recorrerás.*

*Hasta un barranco profundo
has de llegar,
y si miras al cielo
allí lo verás.*

*A mi pueblo ¡ven a jugar!
Entre viñedos y lentiscos
al escondite nadie te encontrará.*

*Por sus calles y pequeñas plazas
casas tradicionales hallarás,
y las campanas
oirás repicar.*

*Sube al alto Gamonal,
pues las cabras han de pastar
y tú las puedes pastorear.*

*Ven a conocer a mi entrañable pueblo,
pues guarda a un gigante dormido
en un caldero de lava,
custodiado por un búho
al que llaman el Pico de Bandama.*

*Si el agua de la lluvia
tú quieres escuchar,
al barranco de la Angostura
te has de asomar,
pues sus pequeños
arroyos y acequias
te susurrarán.*

*Escucha, escucha a mi pueblo cantar:
él es el mirlo, el herrerillo, el pájaro
canario,
su trino es singular.*

*¿Te he contado que
mi pueblo es singular?
Dos tortugas descansan,
sobre su caparazón
un puente alzan,
para que el
valle de palmeras
y cultivos
de las Meleguinas
te abrace al mirar.*

*Es mi pueblo un encanto
cuando llega el atardecer;
junto a los madroños
podrás oír historias
que las abuelas cuentan
al coser.*

*Cuando el día se despide,
el alfarero termina su labor
y su pieza, en la Atalaya,
la guarda con amor.*

*Vivo en un pueblo canario,
de las ocho islas afortunadas,
hijas del Atlántico,
donde la tierra nace de fuego y lava.*

*Sataute es su nombre
y hoy lo puedes conocer,
entre montañas y barrancos
que te invitan a volver.*

Cathaysa Santana Déniz

Acompaña la lectura con estos recursos:





LAS MANOS QUE SOSTIENEN LA VIDA, ENTRE EL HOGAR Y EL CAMPO

CATHAYSA SANTANA DÉNIZ



Herminia de la Nuez Quintana

“CONTRIBUÍA A LA ECONOMÍA FAMILIAR CON MIS MANOS”

Para comenzar, ¿podrías contarnos quién eres y cómo era tu vida en tus primeros años en el municipio?

Me llamo Herminia de la Nuez Quintana. Desde niña viví en una zona rural con mi familia y en 1985 comencé a vivir en el Gamonal Alto porque me casé con Juan Santana Vega. Esos años de mi vida fueron muy bonitos; el barrio era un lugar tranquilo.

¿Cómo recuerdas tu juventud y el entorno en el que creciste: tu familia, el trabajo, el día a día?

Yo recuerdo mi infancia con mucho cariño y también mi juventud. Crecí en una familia muy unida; mis padres se dedicaban a las labores del campo, a la agricultura y los animales, mi madre hacía queso y los llevaba a vender a El Monte, Tafira y la plaza de las ranas. Éramos cinco hijos, tres mujeres y dos varones, y yo era la mayor. A los 14 años dejé de estudiar y me fui a trabajar limpiando casas hasta los 22. Desde entonces hasta los 27 años trabajé en una guardería infantil.

¿Quiénes fueron las mujeres referentes en tu vida y qué aprendiste de ellas?

Mi madre, Amelia Quintana, me enseñó todo, desde hacer un plato de comida hasta cómo cuidar a mis hermanos y hermanas.

Me enseñó la importancia de amar, cuidar y de encontrar valor en las pequeñas tareas de la vida. Era una persona muy familiar y cariñosa con todo el mundo, de ella me quedan los mejores recuerdos de mi vida. Para mí, como mi madre no hay nadie. Mi abuela Rosa Quintana, era una persona muy dada, lo poquito que tenía todo era para repartir. De ella aprendí esa generosidad y cuidado hacia los demás. Mis abuelos vivieron en una época en la que no había nada, era muy difícil la vida en el campo, tenían dos vacas y de ahí escapaban en su día a día.

Si tuvieras que describir el ambiente del barrio del Gamonal en aquella época (las casas, el campo, las relaciones vecinales) ¿cómo lo contarías?

Yo no conocía a nadie al principio, porque venía de Utiaca, pero los vecinos y vecinas me acogieron muy bien y hasta el día de hoy somos como una familia. Tengo amistades de aquí con las que salía a caminar por el barrio, a comer o a hacer talleres y todavía hoy seguimos haciéndolo. El Gamonal era un lugar de campo, muy tranquilo, con cultivos y pocas casas, los vecinos y vecinas son amables y todos y todas nos llevábamos bien.

Herminia en su juventud



Antes de formar tu propia familia, ¿qué sueños o expectativas tenías para tu vida?

Yo siempre había soñado con formar una familia, tener hijos y una niña, que nunca llegó, pero me quedé feliz con mis dos hijos. Tengo dos hijos varones, uno de 40 años y otro de 35 años.

¿Cómo fue el momento en el que decidiste quedarte en casa trabajando?

Antes de casarme, dejé de trabajar, la guardería se cerró y trabajé limpiando casas de nuevo, y cuando volví a quedarme sin trabajo decidí quedarme en casa y cuidar de mis hijos.

¿Cómo era un día normal en tu vida en aquellos años?

Me levantaba temprano, atendía a mis hijos para que fueran al colegio, hacía todas las tareas de la casa (limpiar, hacer de comer, lavar y tender la ropa de toda la familia, atender la huerta, remendar la ropa, ...) y también había días en los que le ayudaba a mi marido que es agricultor en las labores de la tierra (a coger papas, calabacines, habichuelas, ...).

De las tareas que formaban parte de su rutina diaria ¿Cuáles recuerda con más cariño o con más esfuerzo?

A pesar de haber sido criada por personas que trabajan la tierra, lo que menos me gustaba y más esfuerzo me costaba era ir a trabajar con mi marido en la agricultura.

Me daba mucha alegría y satisfacción cuidar de mis hijos y verlos crecer y seguir adelante con mi marido. Yo era muy feliz con ellos.

¿Qué tareas realizabas que crees que hoy no se valoran lo suficiente?

Las tareas de la casa: limpiar, cocinar, lavar y tender la ropa, remendar la ropa y cuidar de los hijos.

Todo eso ocupa muchas horas del día y requiere mucho esfuerzo, pero muchas veces no se valora lo suficiente porque es un trabajo que se hace dentro del hogar.

En medio de tantas responsabilidades ¿buscabas algún momento para ti? ¿Cómo eran esos pequeños espacios personales?

La mayor parte de mi tiempo lo dedicaba a la crianza y a la vida familiar. Cuando los niños eran pequeños, siempre salíamos juntos mi marido y yo con ellos. Y cuando fueron creciendo, seguimos disfrutando de salir mi marido y yo, y también empecé a compartir más tiempo y salidas con mis hermanas.

Mientras tu esposo trabajaba en la agricultura, ¿cómo sentías que tú también contribuías a esa economía familiar?

Con mis manos, con todas mis labores y todo lo que hacía para que ellos estuvieran contentos y se sintieran bien.

¿Crees que sin tu labor en casa hubiera sido posible que él se dedicara al campo con esa dedicación?

No lo sé.

¿Hubo momentos difíciles en el camino?

No, la verdad que no. Teníamos nuestra casa y no teníamos que pagar alquiler y teníamos comida.

¿Te sentiste alguna vez cuestionada por tu decisión?

Nunca nadie me cuestionó.

“La mayor parte del tiempo lo dedicaba a la crianza y a la vida familiar”

¿Qué fue lo más gratificante de esa etapa?

Lo más gratificante fue la felicidad que compartí con mi marido, el poder tener y criar a mis hijos y sentir que siempre tuve libertad para hacer lo que quería. Antes, muchos hombres prohibían a las mujeres muchas cosas, incluso salir a la calle. Yo, sin embargo, siempre tuve a un marido muy bueno y tuve esa libertad y por eso he sido muy feliz.

Si miras atrás, ¿de qué te sientes más orgullosa?

De mi familia. De haber sacado adelante a mis hijos junto a mi marido, de todo el esfuerzo y el trabajo que hemos hecho día a día. También de haber mantenido siempre la unión y el cariño entre todos.

Herminia junto a su familia



¿Qué crees que aportó tu presencia constante a la educación de tus hijos?

Mucho. Desde pequeñitos les he enseñado el buen camino, a ser buenas personas, les he dado facilidades para que ellos puedan estudiar y los valores de mi familia, el cariño, la bondad y la unión familiar. Una herencia muy bonita que me dejaron mis padres.

¿Crees que ha cambiado el reconocimiento hacia el trabajo doméstico y de cuidados?

Yo creo que sí se valora más que antes, aunque a veces se le sigue dando más importancia a otros trabajos. Las personas que hemos trabajado en el hogar sabemos bien el valor que tiene lo que hacemos. Aunque en casa no estés ganando un sueldo, te estás ganando el cariño de tu familia, y además es un trabajo que prácticamente ocupa las veinticuatro horas del día.

Si pudieras dar un mensaje a las mujeres jóvenes de hoy, ¿cuál sería?

Que estudien para que puedan decidir que quieren ser, que sean independientes económicamente y que sigan adelante, y afronten las cosas que puedan pasar en la vida.

Si tuvieras que resumir tu vida en una palabra o una imagen ¿Cuál sería y por qué?

La unión familiar. Desde mis abuelos y mis padres, pasando por mis hermanos, hasta la familia que he formado después. Para mí, la familia siempre ha sido el centro de todo.

“Me levantaba temprano, atendía a mis hijos para que fueran al colegio, hacía todas las tareas de la casa y también había días en los que le ayudaba a mi marido que es agricultor en las labores de la tierra”





En homenaje a mi abuela Carmen Santana Marrero y a todas las mujeres que sostuvieron el entorno rural desde lo invisible. Esta entrevista es la historia de muchas mujeres, es el reconocimiento silencioso a generaciones que sostuvieron hogares, educaron a sus hijos e hijas y mantuvieron viva la raíz de nuestro pueblo satauteño. Ellas construyeron nuestra historia.

Herminia es calor de hogar, cuidado y amor





ENTREVISTA A CONRADO QUESADA RUIZ

SANTIAGO DÉNIZ DÉNIZ



Conrado Quesada Ruiz
Arquitecto técnico

“CUANDO LLEGUÉ A EL GAMONAL NO ESTABA TAN POBLADO, PERO ATRAPÓ”

¿Cómo y cuándo llegó a El Gamonal?

Cuando tenía 27 años vine una vez por aquí de cacería de perdiz y encontré una casita vieja; me quedé enamorado del lugar. Estuve dos años viniendo a hablar con tres hermanas —Dolores, Virginia y Andrea—, familiares de Marinito, que finalmente accedieron a vendérmela. Desde entonces, mi vida ha estado ligada a las paredes de esta casa y a la finca; aquí he pasado los mejores años de mi vida.

¿Cómo vio el barrio cuando llegó?

Cuando llegué no estaba tan poblado como ahora, pero me atrapó. Había muchas cosas que hacer y aquí vivían muchas personas que eran muy significativas para mí, como Felipito, que me echó una gran mano, no solo a mí, sino a todo el mundo; su familia ha sido siempre muy generosa. Él me dijo una vez algo que se me quedó grabado: que aquí no se cerraban las puertas y que las casas tenían una aldaba para que la gente no golisneara al pasar.

Usted ha sido siempre un amante de la naturaleza y un defensor del campo y los animales.

Me relaja mucho, sí.

¿Qué puede contarnos de los caminos reales?

La rehabilitación de los caminos reales fue otro proyecto bonito que nunca se había hecho y empecé en la Cumbre con otro amigo. Llevé la dirección de obras de los caminos reales en el Cabildo de Gran Canaria al principio, cuando el campo y las infraestructuras estaban abandonadas. Fue una idea muy bonita y pasé mis mejores años corriendo al campo. También la rehabilitación de la finca de Osorio, con Carmelo Padrón. Siempre he estado relacionado con la construcción de obras significativas y del paisaje.

Y el de El Gamonal es un paisaje impresionante. Antes llovía más que ahora y se oían las cascadas de agua, el barranco corría y era muy relajante.

Una de sus últimas iniciativas fue el proyecto de ampliación de la carretera que conecta La Atalaya con El Gamonal, una vía muy estrecha y con tramos en mal estado. Actualmente, el proyecto se encuentra en el Ayuntamiento.

Es peligroso porque en ese tramo de carretera no caben dos coches y la gente del barrio camina, que es una de las cosas que me encanta de este barrio, que la gente por la tarde sale a caminar. Coincidí con una persona caminando y la idea fue de los dos. Hablamos con los vecinos propietarios de esa zona y comprendieron que había que donar terreno al Ayuntamiento. El principal riesgo es que la vía no cuenta con vallado de protección, lo que supone un peligro de caída al fondo del barranco. Además, esta carretera se ha convertido en un atajo de la vía general: se accede por El Madroñal para ahorrar tiempo y se alcanzan velocidades de 70 u 80 km/h en tramos donde no hay vallas.

Cuando en la Cueva del Gato, en El Gamonal, no había luz, Conrado se ofreció a realizar de forma altruista los proyectos para que el Ayuntamiento de Santa Brígida dotara a los vecinos de este servicio tan básico, y siempre ha estado implicado en el desarrollo y el día a día de este barrio al que llegó hace unos 40 años. Es tan habilidoso que es capaz de “encender un motor sin gasoil” y destaca por ser un gran amante de la naturaleza y un defensor del campo y los animales.





EL MIRADOR DEL BERMEJAL: MEMORIA Y PAISAJE

SANTIAGO DÉNIZ DÉNIZ



El mirador del Bermejil no es solo un punto elevado desde el que contemplar el paisaje; es, sobre todo, un lugar cargado de memoria. Situado en una zona que pertenece a Gamonal, en la Concepción, este enclave permite divisar al fondo el pueblo de Santa Brígida con una claridad que invita a pensar que, efectivamente, hay vistas que superan cualquier intento de describirlas con palabras.

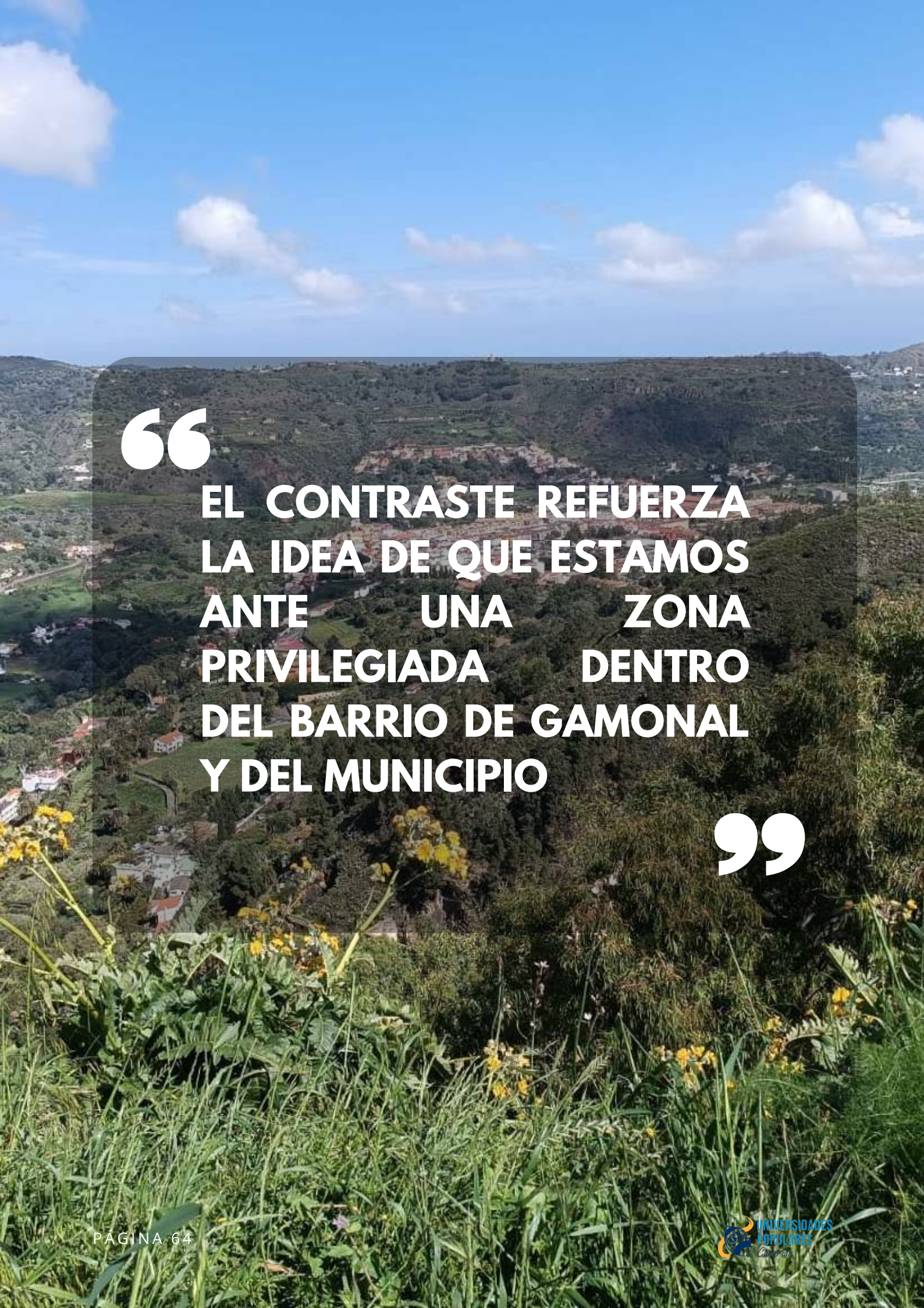
Desde aquí también se localiza Pino Santo y se reconocen puntos como la parada de Madroñal-Gamonal, mientras que a la espalda queda el propio Bermejil. Todo ello conforma un entorno que no solo destaca por su valor visual, sino también por su historia reciente.

Porque este espacio fue, hasta los años 70, una zona de cultivo activa. En sus tierras se sembraban cebada, trigo, centeno y avena, y era un lugar muy frecuentado por los ganaderos de la zona. No se trataba únicamente de un paisaje productivo, sino de un entorno vivo, marcado por el ritmo de la tierra y de quienes dependían de ella. Quienes lo conocieron en aquella época lo recuerdan como una delicia. Especialmente cuando las siembras ya habían nacido y el campo mostraba todo su potencial, el silencio solo se rompía con el canto de la perdiz y la tórtola. También era habitual la presencia del llamado pájaro triguero, junto a la codorniz, especies que encontraban en este lugar un hábitat propicio.

Hoy, al mirar hacia abajo y ver Las Palmas de Gran Canaria, el contraste refuerza la idea de que estamos ante una zona privilegiada dentro del barrio de Gamonal y del municipio de Santa Brígida. Sin embargo, también emerge una cierta sensación de pérdida o de transformación, difícil de ignorar.

Por eso, más que una simple recomendación, visitar el mirador del Bermejil se convierte casi en una invitación a detenerse y observar. A comprender que este paisaje, que hoy parece inmutable, ha sido moldeado por generaciones y formas de vida que aún resuenan en el recuerdo. Porque, aunque se diga que una imagen vale más que mil palabras, hay lugares donde la memoria sigue siendo imprescindible para entender lo que estamos viendo.





“

**EL CONTRASTE REFUERZA
LA IDEA DE QUE ESTAMOS
ANTE UNA ZONA
PRIVILEGIADA DENTRO
DEL BARRIO DE GAMONAL
Y DEL MUNICIPIO**

”

LO QUE IBA A SER Y LO QUE FUE



FIN ★

Viñeta de Diego García Vega de 6º de Primaria del Colegio Sataute. Alumno de actividad extraescolar de Cómics

Viñeta humorística y crítica en la que un niño imagina un bonito proyecto para mejorar un espacio de su pueblo, pero al final la construcción realizada resulta ser un "mamotreto" feo e inútil, reflejando la decepción y la mala gestión de algunas obras públicas.

Lorena Afonso Reyes



FLORABRÍGIDA, UNA HISTORIA RECIENTE

ADRIÁN GARCÍA ARMAS



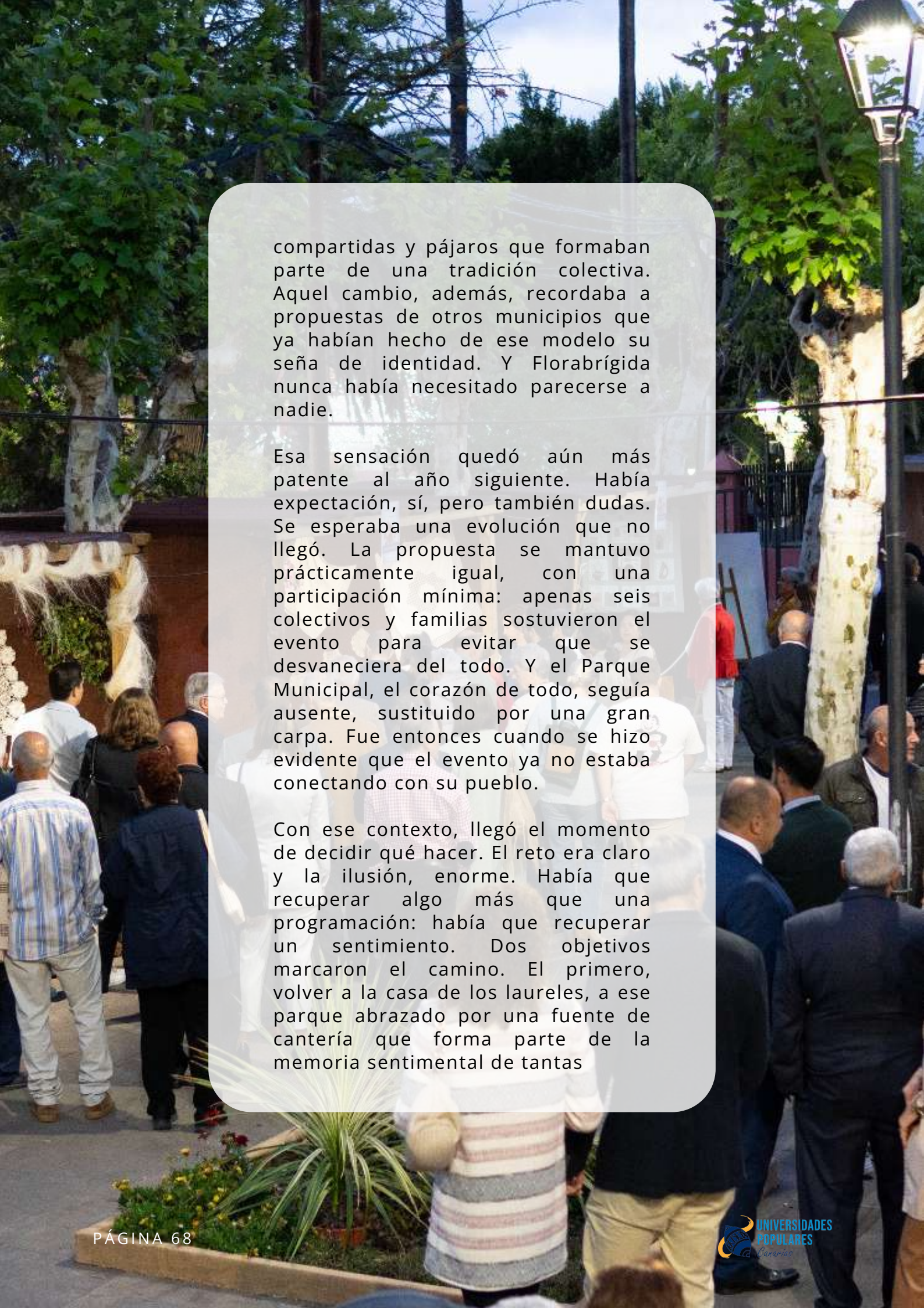
FLORABRÍGIDA, UNA HISTORIA RECIENTE

Escribo estas palabras con una sensación difusa, difícil de explicar: una mezcla de rabia e ilusión, de responsabilidad y frustración hacia quienes no respetaron las raíces que los vieron nacer.

En junio, junto a las fiestas de San Antonio de Padua, Santa Brígida —la Villa de las Flores— mira siempre hacia Florabrigida con una mezcla de expectativa y memoria. Pero no siempre ha sido fácil reconocerla en los últimos años.

Hubo un momento en el que se decidió cambiar. La exposición salió del Parque Municipal —ese lugar de la fuente, de los árboles inmensos cuyas copas te cubren y te hacen sentir en casa— y se trasladó a las calles: Real, El Calvario, Tenderete, Castelar... Las calles pasaron a ser protagonistas. La acogida, en un primer momento, fue buena. Los vecinos supieron ver el esfuerzo por mantener viva la exposición de flores, plantas y pájaros. Y, sin embargo, algo no terminaba de encajar.

No era solo una cuestión de formato. Era una cuestión de identidad. Durante más de cuarenta ediciones, Florabrigida había crecido en el Parque Municipal, entre flores cuidadas por manos vecinas, plantas



compartidas y pájaros que formaban parte de una tradición colectiva. Aquel cambio, además, recordaba a propuestas de otros municipios que ya habían hecho de ese modelo su seña de identidad. Y Florabrigida nunca había necesitado parecerse a nadie.

Esa sensación quedó aún más patente al año siguiente. Había expectación, sí, pero también dudas. Se esperaba una evolución que no llegó. La propuesta se mantuvo prácticamente igual, con una participación mínima: apenas seis colectivos y familias sostuvieron el evento para evitar que se desvaneciera del todo. Y el Parque Municipal, el corazón de todo, seguía ausente, sustituido por una gran carpa. Fue entonces cuando se hizo evidente que el evento ya no estaba conectando con su pueblo.

Con ese contexto, llegó el momento de decidir qué hacer. El reto era claro y la ilusión, enorme. Había que recuperar algo más que una programación: había que recuperar un sentimiento. Dos objetivos marcaron el camino. El primero, volver a la casa de los laureles, a ese parque abrazado por una fuente de cantería que forma parte de la memoria sentimental de tantas



personas. El segundo, devolver el protagonismo a los vecinos y vecinas, para que fueran ellos quienes mostraran, una vez más, el valor de sus patios, balcones y jardines.

La propuesta que se construyó no era perfecta. De hecho, partía de una idea sencilla: rendir homenaje a las abejas, esos pequeños seres imprescindibles para que todo florezca. Pero detrás de esa idea había una intención firme, respaldada por una inversión muy superior a la de años anteriores: recuperar la esencia.

Para alguien que se iniciaba en la administración, el desafío era inmenso. Florabrígida existía desde antes incluso de que mis propios progenitores se conocieran. Comprender sus raíces, reconstruir su sentido y, además, hacer que la propia

administración asumiera su producción era enfrentarse a una historia que no te pertenece del todo, pero que estás obligado a cuidar.

Y, aun así, algo cambió. Aunque lejos todavía de aquellas ediciones donde el agua, las cascadas, los pájaros y la abundancia vegetal lo llenaban todo, se produjo un punto de inflexión. La participación se duplicó. Las familias y colectivos regresaron. Y, sobre todo, Florabrígida volvió a su lugar: el Parque Municipal. Dejó de ser un evento desplazado para volver a ser un evento arraigado.

Con ese impulso, surgió un nuevo desafío, quizás menos visible, pero mucho más complejo: lograr que la administración no solo organizara el evento, sino que asumiera la responsabilidad de preservar una tradición.

Porque sostener lo que viene de atrás no siempre encaja bien en la lógica política del corto plazo.

Fue necesario replantear el modelo. Ya no era viable contar con decenas de empleados municipales volcados en el montaje. Los recursos habían cambiado, y la realidad obligaba a buscar nuevas fórmulas. La solución pasó por abrir la puerta a una empresa externa que pudiera ejecutar el proyecto, sin perder de vista el alma del evento.

En ese proceso también hubo espacio para la creatividad. Se apostó por un diseño inspirado en una exposición de Nueva York, donde puertas convertidas en lienzos sirven para que los artistas expongan sus obras. Era una forma distinta de mirar, de reinterpretar el espacio, de seguir avanzando sin romper del todo con lo anterior.

La participación siguió creciendo, poco a poco. No de forma espectacular, pero sí lo suficiente como para confirmar que algo se estaba reconstruyendo: la confianza. Aunque las dudas, inevitables, seguían presentes.



En ese punto, todas las decisiones empiezan a tener un peso mayor. Porque ya no se trata solo de mejorar una edición, sino de estar a la altura de una historia de medio siglo. La pregunta deja de ser qué hacer y pasa a ser cuánto estamos dispuestos a apostar por ello.





La respuesta, en parte, llegó con el apoyo del Cabildo, que permitió aumentar de forma significativa la inversión. Pero el verdadero objetivo no está en el presupuesto, sino en el sentido: recuperar aquello que hizo grande a Florabrigida.

Volver al agua, a las fuentes, a las cascadas. Volver a las flores, pero también a las personas. Volver, en definitiva, al pueblo. Porque Florabrigida, si algo ha demostrado con el paso del tiempo, es que nunca fue solo una exposición. Fue —y debe seguir siendo— una forma de reconocerse.





Un Municipio Para Contarlo, revista de la Asociación Canaria de Universidades Populares (ACUP) en el marco del proyecto Escuela de Ciudadanía de Gran Canaria, iniciativa promovida y financiada por la Unidad de Participación Ciudadana del Cabildo de Gran Canaria.





Asociación Canaria de Universidades Populares (ACUP)
Entidad de Interés Público Insular
Entidad de Interés Público de Canarias